

N.º 5

MARIANO LATORRE

Autobiografía de una
vocación

Algunas preguntas
que no me han hecho
sobre el criollismo

EDICIONES

A
U
C
H

Mariano Latorre

AUTOBIOGRAFIA DE UNA
VOCACION

ALGUNAS PREGUNTAS
QUE NO ME HAN HECHO
SOBRE EL CRIOLLISMO

N.º 5

SERIE ROJA

EDICIONES DE LOS
ANALES
DE LA UNIVERSIDAD
DE CHILE



DIRECTOR:
Guillermo Feliú Cruz

SECRETARIO DE PUBLICACIONES:
Juan Uribe Echevarría

CINCO SERIES:

Serie Negra
FILOSOFIA

Serie Roja
LETRAS

Serie Verde
HISTORIA

Serie Gris
ARTE

Serie Azul
CIENCIAS

Mariano Latorre

AUTOBIOGRAFIA DE UNA
VOCACION

ALGUNAS PREGUNTAS
QUE NO ME HAN HECHO
SOBRE EL CRIOLLISMO



EDICIONES DE LOS ANALES
DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE

*Edición de 500 ejemplares.
Compuesta e impresa en los
Talleres Gráficos de la
EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.,
calle Ricardo Santa Cruz 747,
Santiago de Chile. Proyectó la
cubierta y la tipografía*
MAURICIO AMSTER

I N D I C E

Autobiografía de una vocación

Pag. 11

Algunas preguntas que no me han hecho
sobre el criollismo

Pág. 71

AUTOBIOGRAFIA DE
UNA VOCACION

*Las cosas hacen la patria tanto
o más que los hombres.*

M. DE UNAMUNO.

CREO que el escritor y también el profesor (ambas disciplinas han constituido mi vocación) deben afrontar la vida con una máxima simplicidad, sin ambiciones de gloria ni de poder.

Si hay un mensaje que expresar, por mínimo que sea, es preciso realizarlo lo mejor posible.

Siempre he recordado, a lo largo de mi vida y frente a cada instante decisivo, unas palabras de Dickens (Dickens fué una predilección de mi juventud) a un periodista que lo interrogaba sobre su labor:

—Mi secreto no es pensar en el porvenir, sino tratar de resolver lo mejor posible lo que tengo entre manos.

Y esto es lo que intento expresar en esta autobiografía de mi doble vocación.

Deseo explicar por qué fuí escritor y por qué, más adelante, del escritor surgió el maestro. Pienso que ambas realizaciones (me asusta un poco lo presuntuoso de la palabra) están unidas en mí y son la una producto de la otra. Dos expresiones del mismo semblante, como diría Conrad.

Me siento, pues, en un clima de intimidad y puedo contar familiarmente mi peripécia espiritual. Medio siglo de tanteos e indecisiones, de aciertos y desaciertos, tan peculiarmente característicos de un inte-

lectual sudamericano en la aurora de este siglo.

Es preciso evocar al Chile de esos años, un Chile que vivió una vida apasionada y hasta cierto punto irreflexiva, embriaguez de un holgado instante económico y la lógica despreocupación del porvenir.

Si intentásemos una definición simplista de la sociedad chilena de ese tiempo, podríamos decir que existían dos Chiles, casi antitéticos. El Chile primitivo, laborioso, de las provincias y el Chile europeizado y manirroto de Santiago; sin embargo, la ambición del provinciano que se enriquecía era residir en Santiago y la de todo santiaguino arruinado, ir a reponer su fortuna al norte o al sur, a las salitreras o a los campos recién rozados de la Frontera.

Sin impuestos de ninguna especie, el salitre proveía a todo, Chile vivía entregado a una vida fastuosa y alegre.

Las fiestas de los aristócratas o las de los nuevos ricos, sus escándalos sociales, sus negociados y sus crímenes, que tan bien ha descrito Orrego Luco, su cronista literario, eran mirados sin hosquedad por las clases medias y bajas y hasta con cierta benevolencia consentidora.

Así, también, Blest Gana, fijó al siútico de su tiempo, abierta la tarasca de asombro ante un sarao, donde una dama de reluciente peinetón, intentaba tocar un clave desafinado.

No es el momento de explicar por qué este país edénico se hizo sórdido y descon-

fiado, ni por qué la talla oportuna se convirtió en pulla envenenada.

Una vida relativamente cómoda me impidió, quizá, darme exacta cuenta de la evolución del medio y de los cambios más sutiles del espíritu colectivo.

Esto quiere decir que el fenómeno de transición apenas me rozó; sin embargo, pude haberlo penetrado agudamente, porque uno de los políticos más renombrados de ese tiempo, don Enrique Mac Iver, era de mi tierra, del Maule. Me tocó conocerlo de cerca. Lo oí muchas veces en la plaza del puerto los domingos o en el muelle, junto al río en las tardes, opinar con tono doctoral, lejano sobre política americana y europea. Palabrería generalizadora y algo jeremiaca, agradable de escuchar, sin embargo.

Era un orador nato y lo que le oí, siempre me produjo la impresión de un discurso. Por consiguiente, de algo más externo que profundo, más espectacular que verdadero.

Con perfecto dominio de la sintaxis castellana, brotaba de su boca, de sus labios abultados y temblorosos, un torrente de palabras, entibiados por una poderosa voz de barítono.

Bajo, endeble, vestido pulcramente, sus ojos grises miraban sin mirar. Los velaba el brillo de los espejuelos. No tenían mirada en realidad. Lo interesante era su boca, ancha y redonda como la bocina de un fonógrafo. Alessandri le tomó este aspecto de su oratoria, especialmente los efectos de

la voz. Pero don Enrique tenía el don del idioma. —

Yo le oí una vez a don Enrique Oyarzún esta frase ingeniosa, después de un discurso de Alessandri:

—Alessandri me da la impresión de un Mac Iver sin sintaxis.

Conocí a don Enrique, cuando era un hombre de cuarenta a cuarenta y cinco años. Lo vi siempre solo, atravesar la calle del muelle en dirección al río, donde él solía sentarse largas horas.

Radical de Chile, liberal de Inglaterra, era una actitud acomodaticia, teatral hasta cierto punto, pero sin acentuar la nota, que se manifestaba en ciertas *poses* que en los porteños maulinos, a pesar del roce con los veraneantes de Talca y de Santiago, producían gran efecto: acompañar a su señora hasta la puerta de la iglesia y esperarla sentado en un banco de la plaza o no destruir, porque había pertenecido a su madre, una vieja armazón de madera que sirvió de water-closet cuando no existían los water-closets.

Recuerdo a don Enrique en este instante, no tanto por lo que valía en sí, sino porque en el puerto significaba la oposición a Balmaceda y mi padre, que había pertenecido a la guardia cívica de la revolución, continuaba siendo un balmacedista.

Debo consignar un curioso sucedido que demuestra hasta qué punto se habían envenenado los ánimos de unos y de otros.

Llegó a Constitución, como a otros lugares de Chile, una partida considerable de

bacinicas de loza, en cuyo fondo se había pintado un busto del presidente vencido. El alboroto que se armó fué grande. Y mi padre, comerciante al fin, resolvió el problema de la oferta y la demanda y de su adhesión al Presidente, borrando con pintura el retrato de Balmaceda.

El puerto, en esos años, tenía una sorprendente actividad. Recordaba una factoría colonial, por los veleros, atracados en el muelle de la Isla y por los vapores de rueda que entraban y salían de la ría, con sus fastuosos abanicos de espuma en la popa o en los costados de su casco.

Ingleses, franceses, italianos y alemanes llegaron, atraídos por el aparente florecimiento del puerto mayor. Barbudo trigo de los cerros, lentejas morenas de las tierras bajas, maderas olorosas en los haces o rodelas de leña, en las rodas y codastes, labrados a filo de hacha en el corazón de la selva y que iban a formar, en las arenas de la playa, el esqueleto de los buques y lanchones fluviales.

En un fondo gris, desvaído como un telón de cine, veo desfilar las pequeñas carretas carboneras, los calafates de los astilleros y los guanayes semi-desnudos, las manos en sus largos remos.

Formaban parte de un paisaje que el movimiento comercial, el ajetreo de barcos y de mercaderías, nos impidieron penetrar a fondo. Más tarde, al morir el puerto mayor, bloqueada la barra del río Maule por las arenas y convertida la costa en un balneario, sucedió una cosa semejante.

Volvió a desaparecer, absorbido por el ve-raneante de Talca y de Santiago, el auténtico maulino, que vivió esta vez de su explotación y adquirió, finalmente, todos los vicios y muy pocas de sus virtudes.

Existía un colegio primario en el convento de la Inmaculada Concepción y unas escuelas, del tiempo de Balmaceda, pomposamente llamadas Escuelas Modelos. Estuve algún tiempo en ellas y no recuerdo a mis camaradas de entonces. No he olvidado a mis primos franceses, los veía a cada instante y a los gringuitos de mi edad sólo los conocí en las vacaciones, pues sus padres los enviaban al colegio Mac Kay de Valparaíso, para colocarlos en las grandes casas comerciales de ese tiempo: Duncan Fox o Rose Innes. Y los italianos no se movían de los mostradores de sus despachos y los alemanes de sus panaderías y fábricas de cerveza.

De los profesores del liceo, donde también estuve un año, no hago memoria, sino de un tipo extravagante que se apellidaba Bello, barbón y triste que, sin que se inmutase su *facies* de apóstol de Cristo, nos propinaba reglazos en las palmas de las manos, moradas de frío, si llegábamos con algunos minutos de atraso.

Es un turbión de recuerdos, sin pies ni cabeza, donde se perfila la silueta de una monja de negros hábitos que me ofrece una manzana, o una misa dominical en la igle-sita del puerto, oficiada por el cura Albornoz, un anciano de cabellos plateados.

En el momento de alzar, se separaban teatralmente dos hojas de madera, que volvían a juntarse con estrépito, recomponiendo una Inmaculada de Murillo, la del vestido blanco y el manto azul. Y al salir a la plaza, en el aire luminoso y sonoro, se oye el rumor de la marea, como si acompañase la misa aldeana del cura Albornoz.

Me angustia, al evocar este instante de mi vida, mi soledad espiritual, mi aislamiento de todas las horas. Ni amigos ni maestros, ni siquiera la dura voz de la cerruca que me cuidaba, alguien, en fin, que nos hablase de la tierra donde vivíamos, del río azul que todas las mañanas corría hacia el mar, del secreto de las mareas o del viento que hinchaba las velas de los bergantines y lanchones.

Me daba la impresión de habitar un mundo desconocido. Ni los nativos ni nosotros que recién llegábamos, teníamos conciencia alguna de lo que nos rodeaba. Maule no existía para ellos, sino en función de los frutos de la tierra y de la fecundidad de ríos y de mares. Mundo inédito que sólo he sentido después y ha sido, finalmente, la razón de mi vida.

En ese año, 1895, se produjo la crisis de la lenteja, la más valiosa de las exportaciones del Maule.

Los ingleses pagaban altos precios, porque se extraía de su fécula una substancia aceitosa, a la cual se le encontró un sustituto más barato. Y una tras otra, cerraron sus puertas de roble las viejas bodegas ribereñas y dejaron pudrirse sus embarca-

deros, a donde atracaban las lanchas planas con sus grandes remos y sus gritones guaynes.

A mi padre, como a muchos otros, lo arruinó esta baja repentina de la lenteja.

Una tarde, mis hermanos y yo, nos embarcamos para no volver, en un pequeño vapor de la Compañía Sud Americana.

En Valparaíso nos esperaba mi padre.

Vivimos en un cerro del puerto, callejones adoquinados, en violentos declives, que parecían lechos de arroyos. Al mirar hacia atrás, nuestra casa daba la impresión de empinarse sobre techos y balcones saledizos, para mirar la bahía.

Era Chile lo que nos rodeaba y no obstante, nada sabíamos de su entraña. Sólo de su piel, áspera, primitiva, hostil.

Al matricularme mi padre en el liceo, mi contacto con chilenos fué mayor. En un principio, no entendí a mis camaradas chilenos. Influía, sin duda, su aspecto físico. No me atraían sus rostros aindiados y sus voces estridentes; más bien me amedrentaban. Y para ellos no era yo sino un gringo, un extranjero, igual al hijo del italiano recién llegado o al del pulcro joven inglés o norteamericano, que tenía un empleo en una casa importadora.

No recuerdo a mis amigos de Valparaíso, y si los tuve, se han fundido en la niebla de la memoria. Y a los profesores, tampoco. Sólo una figura cobra relieve en ese momento de mi vida.

Es una mujer del pueblo, morena, de tronco ancho y frente estrecha, pero de

boca fuerte y reidora. He olvidado su nombre y lo deploro, pero recuerdo que cuidaba, como niñera, a un inglesito deslavado, hijo de un empleado de banco.

En las tardes de verano paseaba al niño por las avenidas del Parque Municipal y en sus instantes de reposo (había llegado a cobrarme cariño) me contaba mágicas historias del cerro "La Campana", donde, según ella, penaba un fraile, guardián de un tesoro escondido por los jesuítas y donde vivía un culebrón invisible que robaba la leche a las madres dormidas y hacía morir de hambre a las criaturas.

Fué una especie de mensaje de mi tierra que me llegaba, a través de las consejas del ama de cría y de sus palabras, tibias como la leche de sus pechos.

Se despertó en mí el deseo de conocer el puerto. Fui un vagabundo de los cerros y de los malecones de la bahía. Me gustaban esos cerros que parecían montones de tierra a punto de deshacerse y que, en lugar de árboles, producían casas y ranchos. Y era una música áspera, que oigo todavía a través del tiempo, el rechinar de las grúas y el rodar de las cadenas, al soltarse las anclas de los buques recién llegados.

La bahía, azotada por un temporal de norte, era imponente. Colinas de olas, color de greda húmeda, del mismo matiz de los cerros, me parecían los cerros que se hubieran rebelado para terminar con malecones y muelles. No era extraño, un barco varado en las rocas de la costa.

En mis excursiones, solía detenerme,

frente a los dos diques flotantes, el "Valparaíso" y el "Santiago", fondeados muy cerca de la Aduana.

Tenía a los enormes diques casi como parientes, porque mi bisabuelo, don Juan Duprat, los remolcó desde Burdeos, en una azarosa travesía oceánica.

Mi familia volvió a desunirse en Valparaíso. Mi madre regresó al Maule con mis hermanos. Yo me quedé con mi padre en Santiago.

Viví en una pequeña colonia vasca de la capital, en la calle San Pablo, frente al Mercado Central.

No era mi encantada casita del puerto, mirador donde se veía a los barcos y la línea gris del horizonte; ahora habitaba en el interior de una agencia de empeños que, como un barco pirata, se llamaba "La Estrella Negra". A dos cuadras, otra agencia de otros vascos, "La Estrella Blanca", y al llegar a Bandera, una más, "La Estrella Roja".

Era, como se ve, una escuadrilla corsaria, fondeada a la margen del Mapocho, junto al mercado y a su fresco corazón de verdura.

Estos vascos de la calle San Pablo, se reunían a menudo en casa de mi tío Emilio Labarga, capitán retirado de la marina mercante bilbaína, un vasco alto y rubio, de cerrada barba rojiza que cada mañana daba los "buenos días" a una miniatura de velero, colgada de un listón del tragaluz, en la puerta del comedor de la casa.

La mesa, en los mediodías dominicales,

era ruidosa y pintoresca como el comedor de un barco que navega en mar tranquilo.

Recordaban los vascos sus correrías por todos los mares o el encanto de sus caseríos en el verano. Y los cerros de arroz, dorados por el azafrán o las jugosas tajadas de bacalao noruego, se convertían en palabras al desaparecer por sus bocas.

Mi tía Rufina Elorduy era una vasca temerosa y desconfiada.

Sin rebelarse, se daba cuenta de que una agencia no era un milagro, sino un castigo de Dios, y al substraer algunos cóndores de la Caja, para repartirlos en limosnas o mandas, suponía que los reintegraba a las pobres gentes que habían empeñado sus rebozos o sus chaquetas en momentos de apuro.

Ella, con un viejo manto de espumilla a medio colocar sobre los hombros; yo, con una bolsita de género gris, donde tintineaban los cóndores de oro, recorriamos capillas e iglesias de Santiago, dejándolos en alcancías o en manos oportunas de mendigos.

Conocí, con ella, casi todas las capillas e iglesias de Santiago. En alguna, fui cófrade de una procesión, con un cirio en la mano, refunfuñando un refrán que no recuerdo.

Según mi tía, éste mi sacrificio (dos horas de olor a cera y pábilos quemados) me alivianaba de pecados posibles y servía para que un pariente, que había incendiado su tienda, saliese de la cárcel.

Una mañana de invierno, en una minús-

cula capilla del barrio Recoleta, oí, junto a mi tía, a un cura gordiflón contar patéticos casos de personas enterradas vivas. Esos cuentos cavaron hondo en su ánimo. Desde entonces, cada vez que moría alguien en la colonia española, corría con su manto viejo y su palabra iluminada, a impedir, o por lo menos a poner obstáculo, a la soldadura del féretro.

De Chile, hasta ese momento, no conocía sino a los transeúntes, a las sirvientas domésticas que, con su canasto al brazo, charloteaban con los pacos de punto, a los cocheros de victorias y berlinas o a las vendedoras de mote en los veranos o en las noches de invierno a los pequeneros, con su farol lagrimoso, en una oscura bocacalle de barrio.

Una tarde, en una acera de la calle San Pablo, en las plataformas de los tranvías, unos muchachos descalzos gritaban a voz en cuello:

—¡La Ley! ¡La Ley! ¡Excomulgada por el Arzobispo Casanova!

A pesar de que el diario valía una ficha, una moneda de cobre, no lo compré, pero algo me dijeron esos gritos de la vida política de Chile.

Mi vida, entregada a sí misma, sin guía de ninguna especie, recogía imágenes, hechos callejeros, gritos inexplicables, escenas de arrabal, sin que yo me diese cuenta de lo que significaban, porque mi verdadera vida se escondía en la obscuridad de la agencia de mi tío.

Era un espectáculo habitual ver borra-

chos que dejaban sus chaquetas en el mostrador y mujeres sus rebozos o sus blusas, que tasaba con voz ronca el vasco Larrondo, mientras el riojano Monteavero, de cara aguzada y amarilla como una lonja de bacalao, redactaba las papeletas de empeño.

Mi padre me matriculó, a comienzos del año 97, en las preparatorias del Instituto Nacional. No recuerdo ni a mis profesores ni a mis compañeros, pero surge en mi memoria la rechonda figura de un viejecito francés, M. Gausselin, que nos hacía leer trozos del libro de Lens y Díez, recién editado.

Una frase, una pobre frase que repetía el maestro con majadera complacencia: *le soleil brille par son absence*, tuvo curiosa influencia en mí. El anónimo pedagogo que la escribió, adelantóse a su tiempo al evocar ese *sol que brilla porque no brilla*.

Flaubert no puso esa *boutade* ni en los labios de Bouvard ni de Pécuchet; sin embargo, hizo nacer en mí el gusto por la imagen novedosa, rara, que busqué con ansia en mis lecturas.

A veces creo ver la figura del rector, don Juan Nepomuceno Espejo, barba ríspida, voz ronca e imperiosa, con aspecto de guerrero que hubiese dejado en la oficina su yelmo y su peto, para taconear sobre las losas de los corredores del colegio, pero pienso, también, que esta imagen pudo ser posterior, cuando en 1908 fuí Inspector del Instituto. Pero antes o después, el aspecto de soldado fanfarrón de don Juan N. fué

el mismo, menos ronca la voz, menos negra la barba quizá.

Al mediar ese año, mi padre consiguió un puesto público en un pueblo del sur de Chile: Parral.

Viajamos hacia el sur en el mes de junio.

Nunca he olvidado ese largo trayecto en tren ordinario, que se detenía cada media hora y luego atravesaba lagunas de agua rojiza, que se partía en abanicos ruidosos en las ruedas de los vagones.

En el interior del tren hacía frío. La lluvia rayaba los vidrios con interminables rosarios de gotitas resbalosas y sucias.

Mi espíritu estaba lleno de este paisaje que iba descubriendo. Compadecía a los caballitos, chorreantes de agua, que soportaban sin rebelarse a los jinetes de poncho o a esos bueyes que arrastraban las carretas medio hundidas en el lodo de los caminos. Los ríos se enrollaban con furia a los machones de los puentes y la marcha lenta del tren nos traspasaba de angustia. Pensábamos que, de improviso, el puente iba a fallar y tren y pasajeros se hundirían para siempre en ese turbión de aguas locas. Los árboles, deshojados, se sacudían con el viento, como si quisieran libertarse de la pegajosa humedad de la lluvia. Algo nuevo, sorprendente para mí, surgía de este convulsionado paisaje de lluvia y de hombres que la resistían y que, sin saber por qué, me hacían recordar los cuentos que me contaba en una plaza de Valparaíso, la niñera mestiza.

No era, precisamente, una emoción agra-

dable. Tenía algo de morboso, pero, al mismo tiempo, de posibilidades de salud, de comprensión futura. Se me revelaba por sí misma, sin la intervención de nadie, la tierra en que iba a luchar y a vivir, a padecer y a morir. También era Chile, lógicamente, el mar de mi niñez, pero su esencia, su respaldo, su reserva la constituía este llano inundado y hostil en ese instante, que tendría, también, verdes primaveras y veranos de oro.

Insisto en este lento proceso de descubrimiento, porque fué entonces que me sentí un hombre de Chile y de América y no un europeo, atrincherado en un hogar vizcaíno o bordelés. Y, además, porque explica mi obra literaria y mi actuación pedagógica.

Mi vida en Parral no fué sino la compenetración con un medio primitivo y vulgar, pero de intensa originalidad para mí.

Primero con asombro, luego con agrado, más tarde con cierta conmiseración, observaba a esos hombres del pueblo, de la clase media y la de los propietarios de la tierra, a fin de cuentas la aristocracia colonial, que vestía del mismo modo, salvo la calidad de las telas y la riqueza de los adornos, y que tenían las mismas aficiones.

Tacón alto, que les daba al andar no sé qué de autómatas, de rígidos movimientos. En invierno, uniformados por el poncho de Castilla; en verano, el poncho, substituído por una manta liviana, ple-

gada al hombro izquierdo de su chaqueta blanca.

Parados en las esquinas o jugando en el Club, comiendo y bebiendo sin término, chascarro y carcajada, daban la impresión en que vivían en un mundo paradisíaco, donde nadie debía preocuparse sino de vivir bien y satisfacer todos sus deseos.

A veces, en largas caravanas, iban a la estación, al paso de los trenes del norte y del sur. Era su contacto con el resto del mundo, su convencimiento quizás de que no vivían en una isla solitaria.

Pero adquirían extraordinario carácter al montar en sus caballos, al arrear los rebaños del llano a la cordillera y de la cordillera al llano y al lucir la buena rienda de sus cabalgaduras en las atajadas de la medialuna.

Sin embargo, ese pedazo de llanura, regado por el Perquilauquén, tendido al pie de las cordilleras, como muchos rincones del valle central, constituye la raíz y esencia de Chile y la actividad de su comercio a lo largo de muchas leguas.

Patrones e inquilinos eran en el fondo muy semejantes. Como que muchas veces resultaban parientes, hijos o hermanos.

No hay que olvidar el verso de Pezoa, al pintar a un gañán del valle central:

*Porque el muchacho es bravo
y rubio como el patrón.*

El inquilino no es sino un patrón des-

poseído, pero a ambos los une una sola aspiración: enriquecerse a todo trance y gastar su dinero en diversiones y juergas.

Las mujeres poseen, casi siempre, una sensibilidad superior (me refiero a las clases acomodadas) y por sus estudios en colegios de monjas o liceos influyen en la cultura de sus padres, hermanos y maridos.

En la escuela pública de Parral (no había otro colegio en la villa) conocí a mis compatriotas del valle central, pobres y ricos.

Eran primitivos y chabacanos, pero sin maldad. Me divertían con su pintoresco dialecto:

—¡Oiga, don! ¡Mire, don!

Y aún más, con sus ponchos, tejidos en primitivos telares, de colores oscuros, grises o castaños, sobre chaquetas mal cosidas y sus cabellos tiesos, donde se encajaban a la fuerza los sombreros de las más absurdas formas y características. Y así era el hombre del campo, no penetrado aún por la civilización moderna. El patrón evolucionó hacia la política, la conservadora o la radical, pero el inquilino, su imagen desdibujada, no hizo sino seguirlo en las elecciones como le obedecía en las faenas de campo.

Este patrón o inquilino del interior era la antítesis del costino o del cerruco del Maule, quizá, porque el rudo trabajo de la pesca o de los cultivos en tierras pobres, empequeñecían su ánimo y mataban su ambición.

En Parral no era común el enganche; en el Maule se hizo una costumbre, una solución de las sequías.

No tomando en cuenta el pintoresquismo de su vida ordinaria, esos patrones y esos inquilinos no podían ser el tema de una interpretación psicológica, sin falsificar la realidad; sin embargo, existían, formaban parte de un medio, aún no conquistado sino mínimamente por el hombre de Chile y el paisaje tenía, como es lógico, una significación preponderante.

Este primer contacto con una tierra a medio cultivar y con un hombre aún no realizado psicológicamente, quedó en mi memoria como una semilla que perdió, primero, su áspera cutícula y germinó luego, borrando las influencias europeas de mi temperamento.

Fué, en la primera época, una embriaguez sensorial y más adelante, un razonar de todos los momentos, despojando de cortezas adventicias, la idea primigenia, germinadora.

Al volver a casa de mi abuelo francés, después de la muerte de mi padre, esta conquista del medio, no de su espíritu, que sólo entonces comenzaba a advertir, se acentuó en forma dramática. Desde luego, sentíame un extraño en casa de mi abuelo y el abuelo pareció advertirlo. Aspero y autoritario, se cercioró en forma indirecta de lo que ya adivinaba o había descubierto.

Era un verano de la ribera maulina. En ese verano estaba conmigo mi primo

Luis Court Líbano. Yo terminaba mis humanidades. Lucho era guardiamarina, recién egresado de la Escuela Naval.

Mi abuelo, es lógico, tenía por mi primo mayores consideraciones. El uniforme de marino, con los relámpagos de oro de los botones sobre fondo oscuro, tiene en los puertos una importancia innegable.

Un mediodía (clara luz, gratas brisas del mar) mi abuelo había dejado su caballo de paso en la calle, las riendas en un farol, nos llamó a mi primo y a mí.

Un gobernador, recién llegado (medio pelo de la política como nos dijo una vez Miguel Luis Rocuant, que había sido también gobernador en una campaña electoral) de apellido Alamos, un vejete regañón (le dolían todos los huesos) dijo en el Club Social que los astilleros de Maule estaban anticuados en la construcción de barcos. Sus procedimientos, decía, databan de la colonia. Se refería, especialmente, a la técnica de curvar las maderas, codastes, rodas o cuadernas, mediante el vapor de agua.

Nos asombró que mi abuelo nos hablase en francés, un francés suelto del sur, sin nasalidad:

—Si vous voulez aller faire votre service militaire a France a *Forges et Chantiers de la Méditerranée*, a Toulon (moi, bien compris, vous page vos dépens) et au retour je vous associerai aux Chantiers, ici, a Maule.

Nos miramos un instante mi primo y yo y en su actitud advertí la misma deci-

sión de que se había cuajado en mí. Sin hablar, sabíamos que en adelante éramos de Chile, de una tierra de porvenir. Y sabíamos, sobre todo, que el paisaje nos había conquistado más que el hombre.

Mis humanidades las cursé en el Liceo de Talca.

Me tocó llegar al Internado de ese Liceo, al implantarse el sistema concéntrico en la vieja educación secundaria.

Había ya algunos profesores del Instituto Pedagógico, pero aún subsistían los abogados y médicos que completaban sus rentas, dictando clases en cualquier forma.

Sobre los jóvenes maestros tenían, en un principio, su prestigio de profesionales, la protección de la iglesia y la de los terratenientes de la región.

Sin que penetráramos la novedad del sistema nos dimos cuenta que el ver las cosas frente a frente, el conocerlas por nosotros mismos era más provechoso que tragárnoslas, sin masticación alguna, de memoria, como se zampa un pavo hambriento las nueces, con su cáscara y todo.

Intuitivamente, sabía que sólo de este modo podía resolver el enigma de un mundo virgen que se nos ofrecía sin más compensaciones que llegar a él.

Fidel Pinochet Lebrun fué mi profesor de Castellano.

Discípulo de Nercasseau y Morán era un virtuoso del buen estilo. No el ampuloso, sino el claro, el preciso en su trama sintáctica. Influyó, quizás, su origen fran-

cés en estas predilecciones y sus predilecciones fueron, también, las nuestras.

Leíamos a Cervantes y a los novelistas picarescos y más tarde, a Pereda y a Galdós. Y conocimos, así, muy bien, a los pescadores de Santander y a los burgueses madrileños, pero yo me preguntaba a toda hora, ¿y Chile? ¿No existía Chile? ¿No eran dignos de ser héroes novelescos los pescadores del Maule y de otras regiones? ¿Y nuestros paisajes con la novedad de sus selvas, de sus ríos indómitos y de sus misteriosos ventisqueros?

Yo intuía el falso camino. Mi temperamento luchaba por buscar los medios de expresión que narrasen el dramático conflicto. Era grave, sobre todo para un novelista. Para un poeta no, porque el mundo del poeta está dentro de sí mismo. El novelista, en cambio, debe luchar con influencias de todo género y limpiar sus pupilas espirituales para ver al hombre y al medio, al medio y al hombre de ese instante.

La llegada de don Enrique Molina y de su amigo Alejandro Venegas, nos aclaró aún más, lo que considerábamos el enigma de nuestra chilenidad.

En don Enrique había un fervor de tipo filosófico, a ratos estéticos, de raíz europea. Favorable, desde luego, para nuestra cultura general, pero de Chile escasas fuentes, mínimas observaciones, detalles accidentales. En cambio, Venegas, con su rígida disciplina de mestizo, nos presenta-

ba a un Chile corrompido y decadente, antes de llegar a un desarrollo definitivo. A ratos, Venegas nos recordaba a Benito Juárez, con el cual tenía hasta cierto parecido físico.

No debemos olvidar que Zola (hablo del punto de vista del escritor) había vulgarizado el método experimental, el documento humano aplicado al arte y al ensayo, como base de una creación. Y su gesto profético nos hacía pensar, en Talca, a fines de 1905, que un humilde portador o un huaso que llegaba en un caballo al Mercado o a la Feria, eran personajes de una epopeya inédita.

La definición de Zola de una obra de arte la sabíamos de memoria. *Novela, poema, cuadro o escultura no es sino un rincón de la naturaleza, visto a través de un temperamento.*

La naturaleza había que observarla para conocerla o buscarla dentro de la reserva de nuestras sensaciones, vivirla finalmente.

Quedaba, además, la creación de la técnica para darla a conocer. Teníamos, sin duda, la experiencia europea, la de España y la de Francia, pero había que pintar un paisaje, sin antecedentes literarios y unos tipos de urbe y de campo, muy distintos a los de Blest Gana y de Orrego Luco, aunque fuesen los mismos.

Advertimos, entonces, nuestra absoluta ignorancia sobre Chile. Salvo algunas fechas históricas y lo de *Chile, fértil provincia, señalada*, frase optimista de Er-

cilla que nos ha traído más daño que provecho. De los cronistas, apenas si sabíamos los nombres. Se aprovecharon de ellos los etnólogos, aunque perteneciesen más a la literatura que a la historia.

Yo confieso que sólo hace pocos años leí realmente a Ovalle y de los demás tenía escasas noticias.

Ovalle pudo ser un precursor literario (tenía el genio), pero no lo conocieron los creadores, sino los eruditos que se metieron en su obra como segadores en un campo de trigo. Cortaron las espigas, las ataron en haces y las trillaron, no dejando al final, sino los decapitados tallos secos del rastrojo.

Hasta hoy, salvo el caso de Solar Correa que lo ha vulgarizado con cierta sensibilidad estética, ni en los Liceos ni en la Universidad se ha estudiado la prosa clara, agua de vertiente cordillerana, de este paisajista que, a veces, narraba anécdotas o estudiaba con hondura psicológica las características del chileno del siglo XVII.

Más adelante se habló de la novela de Blest Gana y de su influencia en nuestro arte narrativo. Y se comentó a Balzac, de donde provenía nuestro novelista.

Es muy semejante el caso de Balzac y de Blest Gana al nuestro.

Entender a Balzac, a principios del siglo XIX, en Santiago, en Buenos Aires o México, significaba ingénita clarividencia artística.

El propio Lastarria no lo entendió, en

mi concepto, al aconsejar a Blest Gana que se dedicase al género histórico, porque la vida de Santiago y de Chile no tenía ningún interés literario. Y justamente, la primitividad de esa vida era la que podía dar una fisonomía original a la novela de un país en formación.

Blest Gana, a pesar de su respeto por Lastarria, intuyó la novedad de los héroes anónimos, aunque en "Durante la Reconquista" siguió en parte el consejo de su amigo, pero el aspecto histórico de la novela no es la esencia de ella, no constituye su originalidad. Lo que interesa es la visión auténtica de la época y de los personajes, que, justamente, no son históricos.

El procedimiento era evidentemente balzaciano. Al llamar Balzac a una de sus novelas de la vida de París "Historia del esplendor y decadencia de César Biroteau" puso en solfa, no al humilde perfumista, alcalde adjunto de un distrito de París, caballero de la Legión de Honor, sino a los grandes héroes de la historia universal, porque este César comerciante tiene al final, tanto derecho a ser un héroe como el Julio César del Imperio Romano.

Y, además, un estilo sencillo, antítesis del estilo de los grandes escritores clásicos. Zola no fué sino un Balzac de las muchedumbres. Balzac se inclinó a la creación de caracteres. La anteposición del héroe al antihéroe, del personaje célebre al anónimo, significaba fundamentalmente ahondar en la psicología individual, sin hacer

mención casi del paisaje o del medio en que el personaje vivía. La gloria de Zola es haberse dado cuenta de las características del medio, inédito en literatura. Nosotros derivamos de éste, más que del otro, aunque haya en Santiago un grupo de novelistas, como Orrego Luco y Edwards Bello, que provengan, con influencia de costumbristas chilenos, de Balzac, en la forma que lo entendió Blest Gana, lector de Larra y de Jotabeche. Posteriormente, al dejar la ciudad y buscar el campo como escenario novelesco, Maupassant y Daudet, el de Provenza y los rusos Gorki y Chekov, fueron los modelos.

En mi caso personal, observo, ordenando mis recuerdos y por razones de raza y de familia, que mi visión de Chile seguía siendo la de un extranjero, avecindado en Chile.

No obstante, hombres y paisajes ya no tenían secretos para mí. Con las observaciones que fermentaban en mi memoria, un cuento o una novela, podían cobrar vida en cualquier instante. Todo dependía de la decisión de escribirlo. Y una pregunta, grave pregunta para un escritor, se me aparecía, como un problema difícil de resolver.

¿Cómo debía contarse un asunto chileno del campo o de la ciudad? ¿Era necesario crear una manera de raíz castellana, la literaria y contarla con matices del castellano criollo de América?

Ya los costumbristas y los escritores del naturalismo nos habían enseñado a obser-

var y hasta a emplear ciertos resortes técnicos, pero ahora nos apasionaban los post-naturalistas que, sin desconocer el método de ver con ojos nuevos un viejo paisaje, se preocupan del estilo, de hallazgos, de imágenes originales con nuevas expresiones.

Es la infiltración de Darío en el verso y en la prosa. Y con Darío, los prosistas del 98, un Valle Inclán, especialmente. Y en Chile, los que estuvieron más cerca de ellos. Sobre todo, d'Halmar. Moderno, en figura y expresión. Moderno, en gestos e ideales.

Yo recuerdo en este instante la lección de M. Gausselin, *de esa luz que brilla por su ausencia*.

Más adelante, a medida que captaba el paisaje, buscaba su expresión y no tenía otro modelo que Blest Gana, su don de recordar la niñez santiaguina y Pérez Rosales que nos contaba, en su estilo de huaso seguro de sí mismo, sus experiencias de colonizador en el Sur.

Sin embargo, nos reíamos del título que nos parecía de una cándida comicidad. No he olvidado una conversación con un camarada de Universidad, al comentar el libro de Pérez Rosales que acabábamos de leer.

—Oye, me dijo, ¿hay también recuerdos del presente y del porvenir?

Me reí, al oír la observación de mi compañero.

—Tienes razón, es un ripio para un discípulo de Moratín. ¿No?

—Sí, pero debemos confesar que el ripio

está sólo en el título. El libro es substancia de Chile, de su raza y de su paisaje.

Y aquí nos corresponde analizar ciertos aspectos de nuestra literatura que la crítica no ha penetrado a fondo y que, al contrario, ha desorientado a la opinión, con vagas generalizaciones.

Me refiero a lo que se conoce hasta el momento como *criollismo* y a lo que, en este último tiempo, se ha llamado *imaginismo*, como lógica reacción. Clasificación aparentemente ingeniosa, pero no real. En la evolución de una literatura el tema es lo que menos importa.

Como decía Huysmans, en literatura no es el tema, sino la manera de tratarlo lo que interesa.

Describir un paisaje o interpretar un estado de alma es, en el fondo, lo mismo si el escritor lo ha visto con sensibilidad artística.

Pero el tema tiene otros aspectos, sobre todo por haberse producido con modalidades muy semejantes, en casi todos los países de América y, con algunas divergencias, en el propio Estados Unidos.

El nombre, sobre todo, atrae nuestra atención.

¿De dónde vino lo criollo, la criollidad, el criollismo?

El verbo castellano *criar* (término germinativo) ha dado su origen, seguramente, a los criados en América, hijos de españoles o mestizos y mulatos, durante la colonización. Y a todas luces, término despectivo que se utilizó para diferenciar a los espa-

ñosles peninsulares de los nacidos y criados en América.

El término nació, como un germen europeo, en la virgen naturaleza de América. En las Antillas y alrededores. Y los franceses, lo tomaron, seguramente, de sus vecinos de Castilla.

De créer, créole, pero en Francia, como en Estados Unidos, no determinó ninguna calidad estética. A lo sumo, ciertos matices exóticos, cierto pintoresquismo de país recién descubierto. Predominó el motivo sobre su realización. Lo autóctono podía ser clásico, romántico, realista o sobrerrealista y a nadie se le había *ocurrido llamarlo criollismo* y anteponerlo a la literatura de imaginación como el alma al cuerpo, como el espíritu a la materia.

Yo estoy convencido de que en América el uso de este término implica pereza mental, cierta cómoda posición de aristocracia del espíritu frente a un sanchismo estético, algo de artículo elegante de revista recién fundada o de disquisición de tertulias de sudamericanos que han vivido en Europa y acaban de regresar, nostalgias del bulevar o de las sabias *poules* que esponjan sus plumas en todas las calles de París.

Yo recuerdo que un crítico, he olvidado su nombre, aseguró una vez en Chile que *criollismo* era sinónimo de paisaje.

¿De dónde pudo sacar ese crítico una idea tan peregrina? ¿Confundi6, tal vez, *criollismo* con *naturalismo*?

Porque *criollismo* no es sino la pintura del hombre de América y de sus costum-

bres, clases bajas, mediás o altas, de ciudades y campos y el paisaje fué, precisamente, lo único que no vieron con sinceridad. Tenían el modelo español, más clásico que romántico y el paisaje no era sino una acotación convencional de teatro. Y si algunos merecen el calificativo de criollistas son los escritores de costumbres que no pintan paisajes, sino que componen cuadros de género, con diálogos populares y un telón de fondo, un árbol *ad hoc* y un atardecer de final de acto.

Pero los costumbristas de América, derivados de los españoles, dieron un paso seguro en la interpretación del mundo y del hombre al emplear el lenguaje popular, preparando el terreno al relato naturalista. Y así, el cuadro sin intención, se hizo narración intencionada.

Es necesario anotar un fenómeno interesante de técnica. No creo haberlo leído en ninguna historia de la literatura de Hispano América.

Por la variedad y abundancia de los temas, por la multiplicidad de los paisajes y de los hombres, la técnica debía ser lógicamente imperfecta. Era un traje de buena tela cortado por un mal sastre.

Los críticos, en general, se dieron cuenta de la deficiencia de esta técnica sin agregar mayores detalles.

La novela europea contemporánea no podía tener un problema de este tipo. Siglos de novelas mal hechas les habían enseñado a escribir buenas novelas. Y dueños de todos los resortes del arte de narrar

intentaron nuevos procedimientos como los de Joyce y de Proust.

Y, además, existe un problema filológico, que no se puede pasar por alto. Me refiero al uso de vocablos, ya sean deformaciones de palabras españolas o en el caso de Chile de *mapuchismos*, que son de uso corriente en el lenguaje hablado y en el periodístico.

Bastaría hojear el espléndido Diccionario de Lenz, de voces chilenas derivadas de lenguas indígenas, para darse cuenta de la importancia del problema lexicográfico del castellano de América.

Pienso, como Lenz, que no podemos suplantar los vocablos americanos por términos peninsulares correspondientes. Es nuestra creación filológica y el substituirlos, sería como colocar un casco de acero en la cabeza de un indio o un trarilonco en la frente de un conquistador.

No considero, pongo por caso, un barbarismo el empleo tierra adentro del marítimo *fletar* por *alquilar*, ni el de *atrinchar*, también término de la navegación a vela, por pedir explicaciones con cierto apremio o el de obligar a una muchacha, a la que se enamora, que se decida por fin.

En cuanto a los mapuchismos castellanzados, en la mayoría de los casos, adquieren una extraordinaria musicalidad, sin perder su agreste regusto indígena.

Quiero citar únicamente la palabra *Arauco*, posible creación de Ercilla o de alguno de sus capitanes.

Rau y *co* son las raíces indígenas, de donde procede. Greda y agua, agua turbia

que arrastra la tierra de esos cerros en su corriente.

Vulgar origen del admirable *Arauco* de "La Araucana", en que la chirriante *erre* mapuche, al anteponerle el sufijo *a*, obra sobre el áspero sonido como el pedal sobre el piano.

Y ahora conviene agregar algunas palabras sobre el lenguaje que deben emplear los héroes de las novelas chilenas, que es materia que se ha discutido mucho. Creo, como Somerset Maugham, que no puede ser otro que el que usan habitualmente.

Hemos visto ya la ninguna influencia de los cronistas de la conquista y de la colonia sobre los novelistas y los poetas, sobre los creadores, en una palabra.

Es clara la lección de los costumbristas, pero el naturalismo dinamizó esos cuadros, los hizo abandonar sus marcos y cobrar vida independiente.

Pero quedaba otro problema, vivo, esencial, la dignificación de la lucha del hombre con el medio: *el héroe*.

Gaicho en Argentina y Uruguay, huaso en Chile, este héroe de la paz debía substituir al héroe histórico, al soldado de la emancipación.

En Chile, salvo algunos bandidos como Neira, que fluctuaron entre la patria y la aventura, no era posible, por cierto retardo de la economía del país.

En Estados Unidos la epopeya privada, si pudiéramos llamarla así, se inició con la conquista del Oeste, con el embrujo del oro de California.

Y en esto reside, para mí, la relación entre la América del Norte y la del Sur.

Bret Harte y Mark Twain son los poetas de esta epopeya confusa y brutal. Sobre todo Bret Harte, con sus bocetos californianos, dió carácter heroico a los bandidos y buscadores de oro.

El mismo Sarmiento recomienda a los escritores de su patria, tomar como modelo al novelista del Far West y no despreciar el lenguaje de los mineros y bandidos, medio indio, medio inglés y medio castellano.

Blest Gana entendió en parte el problema, pero se limitó, sobre todo, a la ciudad, que era el ambiente que él conocía. Sin embargo, hay tipos de huasos y de rotos, ya claramente diferenciados en todas las novelas de Blest Gana.

El huaso no le mereció sino observaciones despectivas. Para el señorito que era Blest Gana como para sus sucesores (Orrego Luco, por ejemplo), el huaso no era sino un personaje no evolucionado, divertidísimo por sus costumbres, vestimenta y modos de expresarse.

Era el concepto de la clase alta, afrancesada o anglosajonizada en este último tiempo, sobre el huaso. El roto, es curioso, les merece un respeto mayor. Por lo menos, lo hallan gracioso, dicharachero y les divierte como los gitanos a los señoritos andaluces.

Es muy interesante recordar la evolución del gaucho en Argentina, que no tiene su antihéroe, su Sancho como el huaso.

Una *gauchada* en Argentina, en la pam-

pa como en Buenos Aires o Córdoba, tiene la significación de un rasgo generoso, de un sacrificio personal para favorecer a un amigo.

En Chile una *huasería* es casi siempre algo de mal gusto, que implica ordinariez y una *huasamacada* sólo una tontería.

Por eso, Martín Fierro para los argentinos es casi como el Cid para Castilla. Y en Chile, el héroe huaso es Lucas Gómez, personaje de sainete que no se da cuenta de lo que es la luz eléctrica y no quiere sacarse las espuelas al entrar a una casa.

Martín Fierro, más adelante, es un Segundo Sombra, aun para los nietos de Juan Moreira.

En Argentina fueron estos héroes populares, material de epopeya; en Chile, asuntos de circo y de sainete, salvo el huaso Rodríguez de Pérez Rosales.

En mi concepto, la crítica se guió, más que por la observación directa, por el aprovechamiento en cabarés y teatros de barrio, del huaso, desde un punto de vista cómico.

En Estados Unidos, como en el Uruguay y en la Argentina, nadie ha descalificado a los novelistas que describieron la vida de los negros, de los granjeros o de los cow boys del Oeste y desde Mencken a Lewisohn o Kazin, a ningún crítico se le ha ocurrido decir que se abusa del *slang* de los vaqueros y que el porvenir de la literatura de América está en imitar las técnicas de Europa, por muy originales que sean. El apartarse de estos temas que empiezan en la conquista, se hacen vivos en

la colonia y maduran en la emancipación, son la materia real de la novela de América y el empleo de técnicas nuevas para describir héroes simples, puede llevar a conflictos que ya anotaba Emerson en su diario.

“Tengo, a veces, la impresión de que la vida se retira de la literatura y que se acepta, en lugar de ella, este invasor *papel moneda* de las palabras, de las nuevas técnicas, de la retórica, y aconseja el *yacksonismo*, piedra bruta surgida espontáneamente de la tierra, como el único remedio”.

Y dejo estas observaciones generalizadoras para volver a mi autobiografía, a mi confesión.

Estoy en los umbrales del bachillerato. Todo lo que sé, salvo mis lecturas, lo sé de memoria, sin que enseñanza y profesores signifiquen algo para mí.

Del examen, rendido en Santiago en la Universidad, ante una comisión en que figuraba Lenz, el único que recuerdo, (me examinó en alemán) no tengo mayores datos.

Me matriculé, por mi cuenta, en el Instituto Pedagógico, porque mi padre quería que siguiese la carrera de leyes. Rendí los exámenes de Derecho Civil, de Filosofía del Derecho y de Economía Política durante ese año, sin que esas materias me interesasen en absoluto.

A los maestros, los he olvidado. Sólo conservo el recuerdo de su incapacidad pedagógica y de su absoluta incomprensión del momento histórico de Chile.

A la muerte de mi padre y sin mayores preocupaciones del porvenir, hice simplemente lo que mi instinto me sugirió. Al curso de leyes no volví. Asistí, en cambio, con cierta regularidad a Latín, Lingüística y Literatura Española en el Instituto Pedagógico.

Eran eminentes los profesores que enseñaban esos ramos, pero yo no saqué provecho sino de Lenz para mi conocimiento de Chile. Tenía, sí, ingénitamente, el deseo de conocer a fondo el mecanismo del idioma y el de su historia literaria, que no se resolvía con las mecánicas lecciones de Hanssen ni con las manidas observaciones de Nercasseau y Morán sobre literatura del Siglo de Oro.

Sólo Lenz me sorprendió con su milagroso instinto de filólogo y su penetración de Chile.

Daba Lenz la impresión de conocer a fondo al país, sus características étnicas (las miraba con cierto desprecio) y su lenguaje, el de los huasos de los campos y el de los rotos de las ciudades y minas.

Si, de improviso, oía una palabra o un giro nuevo, su cara de gato doméstico se iluminaba y su boca se torcía en un rictus placentero y burlón. Si alguien, alguno de los muchachos que asistíamos a sus clases, contestaba alguna pregunta, formulada con cierta intención zahorí, se levantaba bruscamente, arrastrando silla y mesa con su pierna coja y esparciendo papeles que, nosotros, solícitos, le reintegrábamos a su escritorio.

Recuerdo una pregunta, hecha a un muchacho que se iba de profesor, antes de recibirse, a un Liceo del sur.

—Dígame, joven, ¿cómo se aprende un idioma?

El joven sonríe, desconcertado. No halla qué contestar.

Uno de los alumnos, un hombrecito enteco, con voz de pito y cara de indio enfermo, responde tímidamente:

—Yo creo, señor, que hablándolo y escribiéndolo.

El sabio atropelló una vez más silla y escritorio para felicitar al mesticito americano que había entendido una pregunta europea.

En otra ocasión, interrogaba a sus alumnos sobre el "Caleuche", el barco fantasma de los canales de Chiloé. No había chilotes entre los alumnos de entonces. Nadie le aportó nada de provecho.

Recuerdo que era una tarde de invierno. Llovía y berlinas y coches de posta pasaban por la calle San Miguel, arrojando pellas de barro sucio a los vidrios de la sala. El sabio se sentía defraudado. Nos miró primero, con cierto aire malicioso y nos dijo, finalmente:

—Este país es admirable, pero tiene dos grandes defectos.

Nos apresuramos a preguntarle cuáles eran esos defectos. Conocíamos su técnica.

—Que hay mucho barro y muchos chilenos, respondió, cogiendo su carpeta y desapareciendo por una puerta que daba a la Sala de Profesores.

Penetró Lenz el genio del castellano como si hubiera sido su lengua y la manejó con virtuosidad de artista.

Descubrió o redescubrió ocultos veneros del dialecto chileno con sus refranes y modismos y creo que nadie en América llegó a un conocimiento más hondo de la expresión autóctona que, a fin de cuentas, lleva en sus raíces y sonidos fragmentos del alma de un pueblo.

Insisto que, al asistir al Pedagógico, no me llevaba ningún interés profesional. Reparé, sí, al lado de Lenz, en cierta cualidad psicológica que me inclinaba a ver en los mestizos y en su paisaje cierta novedad que era la misma adivinada por Lenz, desde el punto de vista filológico.

Hasta ese año 1906, el año del terremoto, mi vida material no me había preocupado, porque mi padre subvenía con largueza a mis gastos de estudiante.

Asistía a insípidos cursos de la Escuela de Leyes y con agrado a las clases de lingüística del Dr. Lenz.

Intenté, entonces, el periodismo sin mayor éxito. Confieso que los periodistas no me agradaban. Tenían una extraordinaria fe en todo lo que escribían, aunque fuese una humilde gacetilla. Me producían la impresión de que sin sus artículos el país se vendría abajo. Hoy no lo creo así. En la mayoría de los casos, son asalariados de los gobiernos o de los partidos políticos que los subvencionan o los premian con puestos diplomáticos.

Escribí artículos en "El Diario Ilustra-

do", que dirigía Misael Correa. Mirarlo con su perilla de capitán español, me divertía más que leer su prosa, de retorcida sintaxis.

En "El Mercurio" conocí a Carlos Silva Vildósola. Es, quizá, el único periodista de genio que ha producido Chile.

Lo que observaba y escribía lo hacía sin afán de literatura. En este sentido era una antítesis de Joaquín Díaz Garcés, periodista con pretensiones de escritor.

Don Carlos, con su larga *facies* de payaso, no de un payaso mestizo sino de un clown, de una charla suave, como deslizada por su gran boca de labios pálidos, contaba anécdotas de sus viajes por Chile y por Europa y de las personas que en esos viajes conoció. Sintió muy bien en esos momentos a Chile y se interesó por los que lo entendían.

Alguien, no recuerdo quién y no importa, la anécdota se la oí a don Carlos mismo, le preguntó una vez:

—Dígame, don Carlos, ¿de qué Silva es Ud.?

—No soy de los de Santiago desde luego, ni de los de Talca. ¡Dios me libre! Yo soy de unos Silvas que se alzaron por las cordilleras de Chillán, Diguillín adentro.

Si descontamos a don Carlos, el ambiente de los diarios de Santiago no era agradable en absoluto. Creación mínima, astucias de zorro disfrazado de tigre, crítica de lo bueno y de lo malo. En el fondo, absoluta mediocridad. Buscaban en las cantinas, ante el trago de tinto de mala calidad, la frase

ingeniosa que les borraba sus claudicaciones de todos los momentos. No eran de izquierda ni de derecha. No buscaban sino su acomodo.

Don Carlos prologó la primera edición de mi novela "Zurzulita". Y a propósito de esto, recuerdo una anécdota que me contó el propio don Carlos.

Alone, con quien se encontró don Carlos en el segundo piso de "El Mercurio", le dijo, apenas lo vió:

—A mí no me gusta "Zurzulita".

Y don Carlos, sonriendo, le respondió:

—A mí, sí.

Y fracasado como periodista, ni el ambiente ni los hombres me gustaron mucho, me hice profesor por obra y gracia de Samuel A. Lillo, cuyos ojos tibios de cacique, me ungieron maestro mediante una carta, por la cual comencé a hacer clases de Castellano en un pequeño Liceo particular del barrio Recoleta: "El Santa Catalina".

Enseñé Gramática (el análisis lógico era la piedra de tope de los exámenes, rendidos ante comisiones universitarias) y Literatura, de cuarto a sexto año de humanidades.

Mis alumnas fueron muchachas. Muchachas de clase media, de pura raza española, bellas, atentas y leales. No tengo de ellas sino agradables recuerdos, sobre todo de una, María Tagle, mujer de sensibilidad superior, de extraño temperamento, que murió prematuramente para la poesía.

Mi labor didáctica, improvisada en ese pequeño colegio de la calle Recoleta, me

hizo conocer los programas de enseñanza y a las autoridades examinadoras de ese tiempo: Lillo, Ducoing, Bórquez Solar y Guzmán Maturana.

A pesar de la chilenidad de la poesía de Lillo y de Bórquez, y a pesar del texto de lectura de Guzmán Maturana, que tenía una bandera tricolor en la tapa, el conocimiento de Chile era histórico, la tradicional adoración chilena del pasado, no el conocimiento de Chile del presente. Y el problema pedagógico de Chile no era el de un país que se está transformando día a día, sino el de un país cuajado, como cualquiera de los pueblos de Europa. Y me da la impresión que, para las Escuelas y Liceos y para la Universidad misma, Chile no era sino una somera lección de Historia, basada en Barros Arana, Vicuña Mackenna o Sotomayor Valdés.

Y, sin embargo, en el sur, desaparecían selvas y se levantaban casas de nuevos pueblos, canalizábanse los ríos y los puertos adquirían una importancia inesperada. Y lógicamente, se moldeaban otros hombres, unos que nada tenían que ver con la enseñanza del Estado.

Y al observar esta disparidad entre una enseñanza sin savia y un pueblo que era superior a ella, se despertó en mí un afán casi místico de viajar por todos los rincones de mi tierra, conocer paisajes y hombres por mis propios ojos y no a través de libros o referencias y, por último, verterlo en novelas, cuentos o ensayos y darlo a conocer a los propios chilenos y a los estudian-

tes que, por vivir en él, no se habían enterado de que existía.

Mi buena estrella me deparó por esos años la amistad de Carlos R. Mondaca, trágicamente tocado ya por la tuberculosis. Reunía a sus amigos (a veces no podía abandonar su dormitorio) en una vieja casa de la Avenida Manuel Montt.

Mondaca, que era un gran poeta y al mismo tiempo un humanista, una alta inteligencia, me dijo un día, que salíamos del Liceo Valentín Letelier, donde yo lo reemplacé más tarde:

—La verdadera prosa castellana no hay que buscarla en los escritores académicos, ni siquiera en el Cervantes del Quijote. Hay que ir a Fray Luis. El “Libro de Job” y “Los nombres de Cristo”. Ahí está el modelo, que aprovechó bien don Juan Valera sin el genio de Fray Luis. Y el secreto está en que no tenía ninguna intención de escribir bien.

Era un enamorado de los neologismos, si importaban una mejora para el estilo, aunque fuesen de origen americano.

Recuerdo una mañana de diciembre. Me llamaban de la Universidad de parte de Mondaca que era su Pro Rector. Iba hacia allá algo intrigado. Apenas me senté en un muelle sillón de la sala de espera, me dijo textualmente:

—Está Ud. nombrado examinador de bachillerato, pero especialmente lo quiero felicitar por ese *hojecer* que usted emplea en un artículo del Zig-Zag. En efecto, exis-

te en castellano *florecer* y aun *frutecer*, que no me gusta. Ese *hojecer* es espléndido.

Con la justeza de juicio que lo caracterizaba, se lo oí muchas veces, estaba en absoluto desacuerdo con las generalizaciones de los críticos literarios de esa época.

—Es la comodidad del juicio hecho, decía.

Mondaca sostenía, pongo por caso, el carácter regional de los poetas del norte y del sur y el academicismo de la poesía santiaguina.

—Norte lírico, sur épico y centro de cámara, me explicaba sonriendo.

Y en seguida desarrollaba su teoría. En la literatura chilena del futuro, un verdadero poeta de Chile debe reunir, en sí, esos matices.

No encontraba, entonces, ningún poeta que tuviese esas características. Y lo mismo podía aplicarse a la novela y al cuento, al arte narrativo, en una palabra.

Es evidente que sólo un genio sería capaz de captar medio y personajes desconocidos, dándoles la vida adecuada del país en ese instante.

Difícil, en primer término, advertir las características de los personajes urbanos, casi siempre tipos muy parecidos, como lo observamos en la novela santiaguina desde *Blest Gana* a *Edwards Bello*.

Quedaban zonas inexploradas: el mar, por ejemplo, la vida del valle central, de las cordilleras y las de Chiloé y Magallanes.

Los novelistas que conociesen esas regio-

nes y tratasen de interpretarlas (mínima cultura escolar o liceana y lecturas copiosas de novelistas extranjeros que pintasen ambientes parecidos, London y Curwood, por ejemplo, si pensamos en el extremo sur) aunque no tuviesen una técnica depurada, realista o moderna, poseían, ante todo, la originalidad de haber descrito un paisaje virgen y unos nuevos hombres, no existentes en la literatura chilena.

Es lógico suponer, entonces, que al estudiar sistemáticamente estos atisbos literarios, buenos o malos, prometedores o despreciables, el método para juzgarlos e incorporarlos a la historia literaria tiene que ser diverso al que tradicionalmente se ha empleado en las viejas literaturas.

El crítico europeo, por natural predisposición estética, va ante todo a la perfección artística de la obra, a la excelencia de la observación y del estilo.

En mi concepto, los críticos americanos no deben hacer hincapié en la perfección de la obra, sino en el acopio de observaciones originales sobre zonas no tocadas anteriormente por los artistas. Me refiero al medio y al hombre.

La crítica norteamericana, a pesar de sus influencias inglesas y francesas, ha encarado el problema con cierta agudeza y plausible generosidad.

El ensayo de Lewinsohn (Expresión de América), el de Carl van Doren sobre la novela de Norte América y el más moderno de Alfredo Kazin, no se fijan en la simplicidad de los personajes campesinos o

ciudadanos, pobres de solemnidad o poseedores de millones, ni sobre la mayor o menor abundancia del paisaje; pero sí ahondan en la verdad objetiva o psicológica del relato, en el aporte del novelista o cuentista a la interpretación del hombre de América, con sus defectos y con sus méritos.

Partir de la expresión autóctona, con prudentes generalizaciones, si tenemos material en que apoyarnos y anotar las influencias realistas o románticas y modernas comunes a todos los artistas del mundo, pero dando todo el interés al poeta, al narrador o al ensayista que busca su auténtica expresión en el medio en que vive y lucha, con el peso muerto de la tradición europea.

Y creo que aquí está la clave del método que debe utilizarse para escarmenar la maraña de la producción literaria de América, si se busca su autenticidad, en medio del enredo de las influencias exteriores.

Si no se insiste en el exhaustivos de las fuentes (el folklóre es el archivo general) se harán bellas generalizaciones estéticas que escamotean, al final, el problema esencial de América.

En una palabra, si aplicamos a la investigación de una literatura que se está formando, el sistema de las generaciones, haremos bellas síntesis que alejarán cada vez más la verdad de nuestra vida americana.

Y quedará por completo inédito este extraordinario fenómeno de razas en fusión (indios, españoles, negros y chinos) si lo

clasificamos superficialmente como una expresión costumbrista, con toques realistas o románticos, si no ahondamos en los factores múltiples, íntimos, raros, difíciles de captar, de viejas comunidades indígenas, de poblachos cordilleranos, de caletas de pescadores, de aldeas, de valles y de cerros.

Un procedimiento recomendable, en este sentido, especialmente en Chile, donde hay, por lo menos, la apariencia de una organización científica en el Instituto Pedagógico, sería convertir en un sistema la idea de Lenz que, al comenzar cada año escolar, preguntaba a sus alumnos de qué región de Chile provenían.

Y metódicamente y en el momento oportuno, el alumno de Chiloé, de Temuco, de Melipilla o de Copiapó, contribuiría a resolver un problema nacional, americano, con sus aportes personales.

Recuerdo en este instante una idea de don Andrés Bello, en un comienzo útil y más tarde deplorable, por la dificultad de cambiar los métodos de interpretación histórica.

Al iniciar su rectorado, habló sobre lo que él entendía como interpretación histórica de América.

Sentíase superior al medio en que estaba (su cultura clásica y su estadía en Londres), pero con cierta curiosa actitud de maestro frente a sus alumnos, desprovistos de toda cultura.

Aconseja, por esto mismo, el agotamiento de las fuentes históricas, desde la carta privada al artículo periodístico o al decre-

to oficial, para la futura interpretación de nuestra historia o de la de cualquier país de América.

Don Andrés no previó lo que ya habían previsto Lastarria y Sarmiento, es decir, la falta de imaginación de los que iban a llamarse sus discípulos. Y hasta el día es tal la suma de documentos acumulados que si no aparece un mago que los clasifique, jamás tendremos un juicio exacto sobre el origen y evolución del país.

Sin embargo, debemos declarar que esta concepción planetaria del documento, ha producido en Chile un historiador y un bibliógrafo que lindan casi con la genialidad. Y es probable que Chile les quede chico: Barros Arana y José T. Medina.

Y en un sentido antitético, esta abundancia de fuentes nos ha dado un ensayista como Alberto Edwards y otro ensayista, Francisco A. Encina que, por la amplitud de la visión, se transformó en historiador.

Yo recomendaría a los Profesores de Literatura de todos los países de América (incluyo al Brasil y a los Estados Unidos) el método del clarividente venezolano.

La acumulación y la revisión de las fuentes históricas, coincide con la acumulación y revisión de las fuentes literarias.

Me viene a la memoria en este instante, como una insinuación de técnica, la frase que le oí al escritor peruano Porras Barrenechea y que creo justa:

—Nosotros los peruanos hemos hecho historia y manuales con técnica de novela.

Y en esto reside, precisamente, todo el problema.

Las conversaciones, las escenas típicas, los artículos de costumbres, los reportajes, las cartas y todos los datos posibles sobre el clima; el color del verano o el del invierno o el ruido del viento y de los árboles o el silencio de la nieve y del agua de los lagos, todo eso, es material que no debe despreciarse. Al contrario es preciso buscarlo e interpretarlo a toda costa, como lo hacía Lenz.

La geografía de Chile ha sido calificada de loca por Benjamín Subercaseaux. Esta definición se me antoja más bien una frase de efecto que una verdad. Desde luego, porque no concibo geografías cuerdas o locas. Las geografías son como son. Y ya los geólogos se han encargado de explicarlas científicamente.

Por su formación telúrica, alta cordillera a lo largo de un valle y muy cerca del mar, tiene Chile una variedad de paisajes que van del trópico a los hielos del Polo Sur. Y lo curioso del caso, es que esta loca geografía no produce hombres locos, sino al contrario, muy equilibrados y equidistantes.

El gaucho, con una planicie ilimitada por escenario, tiene, en sí, mucho del Quijote, antepasado común, que el huaso no posee por la característica de sus aspiraciones económicas y sociales.

Muy bien observó esta modalidad el norteamericano Mc Bride en "Chile: su tierra y su gente", libro que debiera ser más leí-

do por todos los chilenos y especialmente por los profesores.

Por razones que nada tienen que ver con la geografía, loca o cuerda, sino más bien por la organización de las encomiendas coloniales, en Chile, como en México, se moldeó una especie de pícaro, el *roto* y el *pe-lao*, hijo del inquilino descontento que riñó con el capataz del asiento minero o con el patrón del fundo y huyó hacia el campo o hacia la ciudad.

Y el arrabal o el camino crearon en él el instinto de la aventura, de la vida fácil, sin ningún escrúpulo moral. Lo mismo en el hombre, que en la mujer que se convirtió en su camarada, dócil o rebelde, según las circunstancias, a veces madre abnegadísima y otras, delincuente de la peor especie.

Si su afán de aventura no lo hace cambiar de sitio, si el medio le es propicio, suele hasta adaptarse a él por razones sentimentales o económicas. O bien sigue su camino, olvidando comodidades y amores para buscar nuevos amores y acomodos o simplemente resistir la mala suerte, si su estrella se ha eclipsado por el momento.

Y es tal su adaptabilidad, su instinto de conservación o de disimulo, que en el nuevo medio es otro hombre, argentino, peruano o boliviano, pero conservando en el fondo de su espíritu, como el vilano la semilla, el amor por su tierra nativa.

Conocí en Pucón, hace algunos años, a un balsero. Se llaman así a los que arman balsas de tablas, ya elaboradas, amarrán-

dolas con alambres y las conducen, por las correntadas de los ríos del sur, mediante un remo, apenas desbastado. Su nombre era Pedro Jara, un hombrón alto, de nudosos músculos, de ademanes acompasados, de palabra sobria. Cubría su ojo izquierdo un parche rectangular, que cambiaba de color, según el tiempo. Si hacía calor y el puelche arrastraba la tierra deshecha de los caminos, el parche era gris; si llovía, el parche brillaba como un terciopelo nuevo o como las plumas de una tagua recién salida de la corriente.

Este era el origen de su apodo en Pucón, a la orilla del lago Villarrica. Yo logré intimar con él en la cocina del Hotel Acevedo, donde llegaba a la hora del almuerzo o de la comida. Nació en Curepto, zona de viñedos y de vegas, convertidas en huertas. Mi compadre Amador Acevedo, de Salamanca, que tenía pasión por la huerta que había en torno al edificio del Hotel, lo empleaba en la cava y en el cuidado de las cebollas y coles. Hablaba calmadamente, como comía o como bebía y en su actitud reconcentrada y en sus gestos equilibrados, había no sé qué de gran señor disimulado en su miseria trágica.

Yo lo miraba y venía a mi memoria el parche de la *tuerta* princesa de Eboli, hermana de don García Hurtado de Mendoza, cuya *tuertura* (el vocablo es mío) trastornó a un emperador y puso en peligro a un imperio.

Sin embargo, al mirar su cara tostada, de rasgos duros, donde el parche ponía una

negra mancha, en contraste con el brillo de su ojo sano, pensaba en un pirata de los relatos de mar del capitán Marryat o de Stevenson.

Me dijo que había emigrado de su rincón de la cordillera de la costa, durante un año de sequía. Fué cargador en Valparaíso. En una pelea de estibadores, junto a una grúa, perdió su ojo izquierdo. Cuatro meses de cárcel. Su contendor, "El Pidén", delincuente conocido fué declarado culpable.

—Le decían "El Pidén", me contaba, porque era negro y güeno pa l'agua, y a mí el "Cuervo" porque también era negro y bueno pa l'agua. Y yo era el cuervo, porque el cuervo es más grande que un pidén.

Se habría su ancha boca, de largos dientes que el tabaco amarilleó, en una mueca que era una sonrisa sin gracia.

Conservó el mote de "Cuervo", mientras vivió a orillas de la costa. Al emigrar al sur, en un enganche, se quedó en Cherquenco, en la faena de aserraderos de la zona. Usaba un viejo y minúsculo sombrero, de color claro, con parches y roturas.

Cuando acarreaban troncos, clavados en el cielo, se veía el cono del volcán Llaima, y a los compañeros de Jara se les ocurrió que el mínimo sombrero del "Tuerto" se parecía al volcán. Y así se le llamó en la región, el "Llaima", hasta su llegada al lago.

Me impresionó, mientras fuí su amigo, la conformidad de ese hombre primitivo con el medio en que vivía. Parecía interesarle profundamente su oficio de balsero:

escoger las tablas más apropiadas, amarrarlas en gavillones, según su expresión y luego conducir las por el lago y en el Toltén, llevarlas por el río hasta las cercanías de la línea férrea.

Nunca supe lo que pensaba, ni cuáles eran sus aspiraciones. Satisfacer sus necesidades más apremiantes, hembra y comida, le bastaba y la madre y el hijo y el hogar que todo esto suponía, nada le importaba. Se me ocurrió preguntarle una tarde, si había tenido hijos y si recordaba alguna casa lejana, donde hubiese vivido. Me respondió fumándose parsimoniosamente un cigarrillo que acababa de obsequiarle:

—¡Clarol! Muchas mujeres y muchos hijos. Por ahí quedaron.

El tuerto Jara es, para mí, un acabado tipo de roto, no el del sainete ni el del ensayista zahorí, sino la semilla que va en la ráfaga y busca, donde sea, el terreno propicio para fructificar. El país aún no puede ofrecerle la estabilidad que necesita para ser un miembro útil en la vida social.

El método que propongo para estudiar la literatura de Chile y de América es más lógico, un hombre de sensibilidad, doblado de un hombre de ciencia.

En mi concepto, el profesor de literatura americana, debe tener más el espíritu de un explorador que el de un pedagogo sistemático, el de un poeta que el de un expositor de materias, aunque sean aderezadas con un novedoso atavío estilístico.

Las historias que existen sobre nuestra literatura, no son sino cronologías docu-

mentadas, compulsaciones de fuentes, donde el país no aparece.

Es de alto interés "La Historia de la Literatura Colonial de Chile", de Medina. Para mí, como la caída del árbol-documento, y de su utilidad inmediata en cercados y edificaciones, pero de escasa o de elemental condición interpretativa.

Mínimo avance sobre Medina constituye el "Bosquejo histórico" de Amunátegui. Clasifica mejor, anota como el otro con precisión y a veces se advierte más sensibilidad artística en los juicios de novelistas y poetas.

Sólo por la milagrosa aparición de Omer Emeth (*Emilio Weisse*, que después de la guerra del 14 fué Vaïse) adquirió la crítica, propiamente tal, una fisonomía moderna, una vibración casi periodística, sin perder su calidad estética.

En el fondo, era la semilla de Sainte Beuve y las de sus continuadores: Brunetiere, Lemaître, Faguet, etc., aplicada a la producción de un país hispanamericano. El documento estaba bien guardado en su estante, aunque se citase, si el caso lo requería. Lo fundamental consistía en leer el libro cuidadosamente (don Emilio me dijo una vez que él leyó una obra cuatro veces, antes de emitir un juicio) anotarlo y averiguar datos de la vida de su autor, de su raza y de su profesión.

En las tertulias de mediodía de "El Mercurio", en la calle misma, si me topaba con don Emilio o en su casa de la Avenida Francia, donde fuí tantos domingos, don

Emilio hablaba con los autores, con los amigos, con el que se presentase (era un espíritu acogedor y generoso) y esto terminó por transformar radicalmente el concepto de una crítica, casi inquisitorial, de tipo español dieciochesco, que defendía don Pedro N. Cruz.

Tengo presente su ancho cráneo, algo braquicéfalo (él contaba que en el Seminario donde se ordenó de sacerdote le decían: *Boche, tête carrée*) y sus ojos, claros, de un azul húmedo, que destilaban bondad e inteligencia, cuando me dictaba los títulos de los libros chilenos y americanos, que debían aparecer en una sección de la "Revista de Bibliografía" que él fundó.

Antes de su muerte, y cuando aún aparecían sus crónicas literarias en "El Mercurio", ya en otros diarios de Santiago se publicaban artículos semanales, donde seguían sus métodos, pero sin su extraordinaria cultura humanística.

El más cercano a don Emilio fué, sin duda, Eleodoro Astorquiza.

Espíritu contradictorio, creyente y descreído al mismo tiempo, tenía una admiración sin límites por el habilísimo fraile redentorista que de una parroquia de indios en el desierto de Atacama, llegó a ser el árbitro de la literatura, de la historia y del ensayo en "El Mercurio", el diario más antiguo y conocido en Chile.

Tenía Astorquiza, por su segundo apellido, Líbano, cierto parentesco político conmigo, lo que me permitió una mayor intimidad y a veces conversaciones en Talca,

en Santiago o en San Antonio, donde vivió muchos años. Veo como si fuera hoy mismo, su departamento.

Antes de llegar a su modesto dormitorio, con un catre de hierro y un velador cojo, se pasaba por una pieza desmantelada. Caíanse ángulos de papel, desprendidos del barro del muro por la humedad del mar, pero en el medio de la estancia, sobre una larga mesa de madera sin barnizar, sostenida por caballetes, se desparramaba toda la cultura europea de entonces, especialmente la francesa, en colecciones de revistas de París: "Nouvelle Revue Française", "Revue de France", "Europe", "Revue de Genève", "Mercure de France", etc.

En 1907 publicó en Concepción su libro "Literatura Francesa", visión muy completa y personal de los escritores, poetas, novelistas y críticos franceses, desde Bourget a Doumic.

No obstante, con ser apreciable el esfuerzo de Astorquiza en este libro, no es el que le da su importancia en la crítica de nuestra literatura.

Es su comprensión de la novela chilena y sobre todo su ensayo sobre Blest Gana, lo que revolucionó el criterio tradicional, influido por los españoles, y lo situó en un terreno más apropiado y más realista.

Yo le oí disertar muchas veces en San Antonio, sobre Barros Grez, a quien estudiaba entonces.

Pasaba horas enteras, me refería, leyendo los novelones, ensayos y comedias de Barros Grez. Lo admiraba, eran sus palabras.

por ciertas cualidades secundarias: la fecundidad, por ejemplo, y por cierta intención enciclopédica que advertía en toda su producción. Conocía el castellano, Cervantes se lo había enseñado, él habla de los huasos no tenía para él secretos, poseía cierto don folletinesco de enredar la fábula, dibujaba un paisaje al carbón o planeaba un canal de regadío o la Galería San Carlos, pero toda esa fantástica erudición, que iba de la fábula a la paremiología, de la lucha política al teatro, no producía ni una novela, ni una poesía, ni una comedia, ni un edificio.

—Barros Grez, comentaba, es un genio fecundo del mal gusto.

No creo que llegase a redactar sus apuntes sobre Barros Grez. Las notas, sí se las vi, en su escritorio de San Antonio, pero Octavio Astorquiza, su hermano mayor, que estuvo con él en sus últimos momentos, me contó que nada había entre sus papeles sobre Barros Grez.

Astorquiza, católico y conservador, simboliza, frente a don Pedro N. Cruz, una actitud espiritual muy semejante a la de don Juan Valera, frente al tradicionalismo cerrado del padre Blanco García.

Después de Astorquiza, el que más se aproxima a esta tendencia de ahondar en el medio y en la raza, sin prejuicios espirituales y políticos, es Domingo Melfi, que puso en su análisis de libros chilenos, sobre todo en las novelas, un fervor lírico, herencia de viejas razas, enamoradas de un mundo nuevo.

Melfi nació en Viggione, pequeña villa de los Apeninos, más cerca de Nápoles que del Adriático. A pesar de su lirismo, efectivo sobre todo en su prosa, entendió muy bien el problema de nuestra joven literatura.

Su libro "Estudios de la Literatura Chilena" debería usarse como un texto cotidiano en Liceos y Universidades, por la abundancia de observaciones agudas, casi irredargüibles, sobre la evolución de nuestra novela, de nuestra poesía y de nuestra historia política.

Alone, a quien su seudónimo le formó una falsa personalidad, pudo ser el legítimo sucesor de Omer Emeth, el camarada de Astorquiza y de Melfi, en ese crítico momento de nuestra evolución literaria.

Ya Omer Emeth, Astorquiza y Melfi discutían la esencia de América y las influencias europeas, en todos los libros que se publicaron en ese tiempo. Era, en realidad, la posición legítima, el justo límite interpretativo.

Alone se inclinó hacia un europeizamiento espiritual, algo despectivo, aristocratizante, volviendo las espaldas a la nueva literatura que nacía en un país sin literatura.

Es Alone (Hernán Díaz Arrieta) un fino escritor que cuenta con desgaire elegante las novedades del existencialismo, cosa que todos sabemos, o nos advierte con cierta

solemnidad, que un joven escritor ha publicado un libro muy sutil, muy moderno, cosa que poco nos interesa.

Y debemos consignar que en este instante de la vida intelectual de Chile, sólo un crítico y un profesor, un profesor y un crítico, Ricardo A. Latcham, afortunada coincidencia, puede determinar el camino de una comprensión de Chile y de América en el futuro.

Hemos llegado, así, al fin de esta autobiografía que melló, poco a poco, sus ásperas raíces helénicas para suavizarse en el latinísimo *confessio*, es decir, en la sincera historia de un hombre que fué, durante medio siglo, novelista y profesor y que declara ingenuamente, sin ruborizarse, que nunca supo cuándo actuó el profesor y cuándo el creador de ficciones.

Creo que el novelista que intentó la incorporación del paisaje, del verdadero paisaje, no el verbal y retórico, en nuestra novela, es el mismo que dijo a sus alumnos del Instituto Pedagógico que, antes que nada, había que conocer a Chile, el medio y el hombre que de él nació.

Y quiero agregar, finalmente, que mi interpretación del hombre de Chile y de su drama, no es sino la novela de una tierra que aprendí a querer, por experiencia propia, con apasionamientos y recelos, que es como se ama de veras.

Muchas veces, en el sur, mirando las colinas vestidas de azulada bruma, con algo

de pechos de mujer dormida, decía como Joaquín Mir, el gran colorista levantino:

—¡Ay, si pudiera abrazar esa colina!

O al ver a una bella criolla, anchas espaldas, recias caderas, recordaba las palabras de Ruskin:

—Casi se me salen los ojos de la cara.

Abril de 1953.

Algunas preguntas
que no me han hecho
sobre el criollismo

CONFIE SO que aún no entiendo lo que los críticos de Chile y América llaman criollismo.

Es un término cómodo, sin duda, algo generalizador, preciso e impreciso al mismo tiempo, que la crítica periodística adoptó sin preocuparse de analizarlo, anteponiéndolo a refinamiento, a finura de espíritu, a aristocracia intelectual.

Desde luego, el crítico sabe que al calificar a un autor de criollista, le resta calidad, lo confina al rineón, a la primitividad del costumbrismo.

Dios sabe o el diablo, si no, permíteme mi inofensiva blasfemia, el origen del vocablo.

Alguien, no recuerdo quién, lo derivó del verbo *criar*, refiriéndose a los criados en América, término despectivo a todas luces para diferenciar al español de España, del nacido en América.

Sobre todo, se aplicó a los nativos de las Antillas y los franceses lo tomaron de los españoles. De creer, créole.

La realidad literaria es muy posterior. Data de la Independencia. Y se refiere a la literatura de raíz americana.

En mi opinión, es Argentina, por un ingénilo sentido nacionalista, la primera que dignifica estéticamente lo criollo.

Sea el gaucho de los romances, de las novelas o piezas teatrales posteriores o el porteño mismo de los sainetes, eran criollos, por ser argentinos, americanos.

Y la propia "María" de Isaac, como "Cu-mandá" de Mera, son criollos para los españoles, porque tratan temas de América y emplean vocablos típicos que, a fin de cuentas, el Diccionario de la Academia se ha visto obligado a aceptar.

Vaqueros yanquis (cowboys), charros y pelados, montuvios, cholos, gauchos, huasos o rotos, moldeados por un mundo nuevo, desde el oeste norteamericano, el trópico y Chiloé, son los elementos de esta literatura de expresión castellana o anglosajona, pero enraizada en América.

La hipótesis de que el criollismo sudamericano pudiera provenir indirectamente de Mark Twain y Bret Harte, no es aventurada.

Al crear sus héroes del oeste, especialmente Bret Harte, buscadores de oro y bandidos y algunas escenas de la guerra de secesión y el desbande de los soldados vencidos que se hicieron salteadores o mineros, reacciona contra los novelistas cultos del Atlántico, herederos de la tradición literaria inglesa.

Los "Bocetos californianos", fueron traducidos al español en 1863, y fueron leídos en toda la América Hispana. Por lo demás, la "Revue de deux mondes" había vertido al castellano casi todas las obras de Bret Harte.

Indudablemente, el terreno era más pro-

picio en Uruguay y Argentina, para que prendiera esta nueva modalidad, que hacía del aventurero, un héroe.

Acevedo Díaz así lo entendió, más que Blest Gana, cuya característica esencial lo llevaba hacia la novela urbana, con ribetes históricos, la de Santiago, o la de los santiaguinos en Europa.

Es curiosa la observación de Sarmiento, que demuestra estar perfectamente enterado de la obra de Bret Harte, y de su influencia en Norteamérica.

Y recomienda a los jóvenes novelistas argentinos que hagan lo que hizo Bret Harte en el oeste, que transcriban el lenguaje de los quatters o rayanos fronterizos, según sus palabras, porque ve en él la interpretación de la tierra, lo que Toynbee llama hoy día *el testigo de su época y de su medio*.

En el fondo, el Facundo tiene su raíz en Bret Harte, más que en ningún otro escritor de Argentina o de América.

Es importante esta declaración de hacer literatura de América, sin relación con España y Francia.

En la América Hispana, en el Brasil, pienso exclusivamente en la novela, este autoctonismo nace de las costumbres del siglo pasado.

Ellos enseñan a fijar el medio y a aislar los tipos característicos.

Evoluciona la técnica y no con los modelos hispánicos.

Chateaubriand, con sus poemas narrativos americanos, y Saint Pierre, primero,

luego Balzac, y posteriormente el naturalismo, los rusos y los norteamericanos.

Y anotemos un curioso fenómeno.

Por la enorme variedad y abundancia de los temas rurales (no olvidemos que se habla de un medio no conquistado ni siquiera materialmente) por la minuciosidad de la observación, el arte de narrar no es lo esencial, no se desarrolla, queda, en una palabra, estacionario. Para los críticos superficiales esto significa método anticuado, falta de renovación, pobreza de ideas y de técnica. No es eso. Es la lógica interpretación del medio y su expresión literaria adecuada.

La novela europea tenía, en este sentido (me refiero a la conquista literaria del medio), una anticipación de siglos. Y la limitación de esta técnica ha sido justamente el mayor obstáculo a la evolución de la novela netamente terrígena.

Y aquí está el dilema de la futura novela de América.

O se ahonda cada vez más en los problemas de la tierra o se abandonan para crear tipos ficticios, más europeos que americanos, influídos por el cine o por los novelistas de moda en el mundo literario de hoy.

Es oportuna una cita de Henry James, el novelista americano que fué a Inglaterra a olvidar su país y no hizo otra cosa que recordarlo. Algo semejante le ocurrió a nuestro Blest Gana, que pintó al Chile posterior a la independencia, desde París.

Un autor célebre le dice a un joven novelista cuyo talento aprecia:

—Lo único que disminuye un poco mi estima por esa obra suya, es que se desarrolla en el extranjero. Renuncie a lo extranjero. Trate temas que nosotros podamos confrontar.

Y éste es un consejo a las jóvenes generaciones: renunciar a lo extranjero, hacer propios, con la técnica de países más viejos o más evolucionados, los temas de Chile.

Llámesese criollismo, regionalismo, nativismo o vernaculismo, los artistas verdaderos harán siempre, con sus experiencias personales, obra de creación.

Ahondar en el rincón es la única manera de ser entendido por el mundo.

Literariamente, la aldea bien descrita es la conquista de lo universal. Una cabaña puede contener el mundo.

Sólo en la América Hispana, por fenómenos de tipo étnico, peculiares, se diferencian, en forma clara, la aristocracia, la clase media y el pueblo. Son casi tres razas distintas.

Pero estéticamente, en Estados Unidos, donde existe el negro y su problema, a ningún crítico se le ha ocurrido hablar de categoría social en la novela. Sean novelas urbanas o rurales, de negros o de gangsters, se habla de novelas norteamericanas, de interpretación de medios o de creación de tipos de un país nuevo y en esto reside su fuerza, su novedad. Desde Bret Harte a Steinbeck o Hemingway.

Exceso o no exceso del criollismo

Se nos ha preguntado a menudo si en Chile y en América se abusó del criollismo como temática de la narración.

Yo respondo que no.

El criollismo, si aceptamos el nombre que se le ha dado, es apenas un adolescente. El mal estuvo, en mi concepto, más en el abuso de la expresión que en la realidad del fenómeno. Y lógicamente se debe a la improvisación de la crítica, casi siempre de tipo periodístico. Y a veces de una concepción tan obtusa, que un escritor venezolano, Gil Fortoul, repite que el criollismo es una tentativa superficial en América. Asevera en un artículo que, sea de costumbres, de aventura, de historia o imaginación (la novela, naturalmente), su mérito artístico depende exclusivamente del arte del autor. Desde luego, ya sabemos que lo primero es la calidad artística del autor.

Huysman expresó agudamente esta idea, cuando Lemaître le hizo el cargo de que sus novelas carecían de argumento.

En el arte de narrar, dijo Huysman, el asunto nada significa, todo depende de cómo se trate.

La realidad inmediata es otra, a fin de cuentas, y depende de los lectores y del público. El género interesa a la masa y la novela se convierte así en una especie de periodismo lento. Da en profundidad lo que no puede dar la crónica o el artículo.

Y esta abundancia creadora (el autor

interpreta, al fin, lo que ha vivido) es lo que engaña a los críticos, haciéndolos afirmar sin comprobación alguna, que es excesivo el número de novelas de campo aparecidas en Chile y en otros países de América. E insisto que la interpretación directa del medio rural sólo está en sus comienzos.

Es algo como la tierra virgen del sur, conquistada a la selva. Aún parte el aire el palo seco y limita el campo la cerca del palo a pique o de troncos enterrados en un foso.

Y me pregunto ¿qué novela grande o pequeña tenemos sobre Concepción o sobre Antofagasta, con el carácter de la región de la Frontera del sur o el de la Nueva Frontera del norte?

Y no tenemos siquiera la novela de Valdivia ni de La Serena.

Es interesante afirmar que un chileno, Blest Gana, es el primero que advirtió la tragedia del sudamericano en Europa en "Los Trasplantados", incluyendo a los norteamericanos Sinclair Lewis, entre ellos.

La idea primera de sudamericanos en París, quizá argentinos, fuese de don Alberto del Solar en su "Restaquere" (Ilusiones, desengaños sudamericanos en París) pero la novela de del Solar es un esbozo y "Los Trasplantados", una de las mejores novelas de este tipo producida en América.

Sus continuadores, Orrego Luco y Joaquín Edwards Bello, aunque no hablen de las influencias lógicas de los escritores citados, no habrían sido posibles sin las

fuentes que acabo de nombrar, incluso sin haberlos leído. Bastaría lo que se habló de ellos, de los temas de sus novelas, comentados por los críticos.

Y todos, incluyendo a Blest Gana, no hacen sino ensayos, análisis aislados, estampas pintorescas, por ser el drama muy grande y escasos sus intérpretes.

Imposible pensar en síntesis novelescas, si antes no se han conseguido las síntesis sociales y económicas de Chile y de América.

Y si particularizamos algo más ni siquiera existe la novela del huaso, que es la novela del valle central de Chile, que es Chile en esencia y potencia. Y del roto, aún más traído y llevado, tampoco hay un relato síntesis.

El roto de Edwards Bello, no tiene de roto sino el título del relato. El personaje, como en ciertas novelas de Blasco Ibáñez y de Baroja, es el barrio, no los tipos.

Y volvemos a insistir en lo escurridizo, por variado, por dinámico, que ha sido este personaje para los novelistas chilenos. Podemos asegurar que la novela síntesis del roto aún no se ha escrito.

De los novelistas hispanos americanos, creo que uno sólo ha logrado una síntesis de alta calidad artística: Ricardo Güiraldes y Don Segundo Sombra. Es, también, el que ha realizado el milagro de crear, con elementos del dialecto del pueblo, una lengua literaria de vigoroso color pampeano, si no argentino, y sin dejar por eso de ser español.

Cierto es que los demás novelistas, ya hechos paradigmas por los críticos, Azuela, Rivera, Gallegos no tuvieron el amplio escenario de la pampa, que apoya su cabeza en la cálida almohada del trópico y va a mojar sus pies, envueltos en coirones, en el hielo polar.

Don Segundo Sombra resucita y se hace universal, justamente cuando el gaucho desaparece o se transforma en obrero de las estancias.

Incluso, la pintoresca movilidad de los arreos, difuminados en el polvo rojo, ya no existe, pues en las pavimentadas carreteras de la pampa van ovejas y vacunos en camiones, sin caballos y sin reseros.

No olvidemos, y esto se relaciona con el hispanismo de don Segundo Sombra, que don Quijote es el héroe caballeresco desaparecido, pero vivo en la creación de Cervantes, aunque puesto en solfa por él.

En Güiraldes, el personaje pudo ser pequeño, anónimo mientras existía, pero está engrandecido en la epopeya de una nación que comienza a vivir.

El paisaje, como elemento estético en la novela rural chilena

Lo sostuve desde la iniciación de mi labor novelesca, sobre todo después de publicar "Cuna de cóndores", que me reveló el prodigio de las cordilleras chilenas.

Altas cumbres, arañando el aire con sus garras grises o blancas, reposo de nubes, verdeantes mallines, rayados de sonoros

cordones de aguas locas, el reptar de los robles y quillayes y el milagro de adaptación de los michayes y ñires, hermanos de los tartamudos funducos y de los matuastos rabones.

Y el hombre: un minúsculo y temeroso personaje, arreando por los voladeros, a tres mil metros de altura, sus vacas y sus ovejas. Y pensé, entonces, en otras zonas de Chile: la pampa salitrera, la cordillera de la costa, la selva del sur, Chiloé y sus canales, Magallanes y las estepas, erizadas con la maravilla del coirón, que sin él no subsistiría la oveja.

Vi claramente el enorme paisaje, sólo rasguñado por el hombre en el valle central y en las costas.

Sostuve y sigo sosteniendo que la novela y el cuento están en su infancia.

El drama sigue siendo la lucha del hombre con el medio, por lo menos el drama chileno, el drama americano. Es, indudablemente lo más auténtico, lo que tiene mayor originalidad.

Necesitaba críticos penetrantes para que el problema se entendiese y no los teníamos por desgracia, salvo Omer Emeth, salvo Astorquiza en ciertos aspectos, salvo Melfi, salvo Latcham.

Melfi ha sido quien lo ha intuído más agudamente.

En su bello ensayo "El hombre y la soledad en las tierras magallánicas" se sale del marco de la crítica para ir al drama mismo como un creador.

La vida de esos chilenos salvo los de las ciudades, donde hay un lógico estatismo, es de elemental acción.

Sea el barretero o desripiador de la pampa salitrera, el costino de los cerros (cerruco) o el de los salares (salinero) el hachero del sur, el marino de Chiloé y el puestero o esquilador de Aisén y Magallanes.

Y este aspecto de inmediata lucha con el medio, siempre hostil (soledad, frío, hambre) es lo que le da a este tipo de hombre un carácter original, primitivo, épico.

A veces, el medio aplasta al hombre, se sobrepone a su esfuerzo. El ejemplo no está muy lejos, en las cordilleras australes o en Tierra del Fuego. Y además, hay que anotar la diferencia de esa lucha, si no olvidamos que Chile posee todos los climas, desde el trópico a las zonas polares.

Es lo que resume tan poéticamente Díaz Canedo, describiendo a Chile en una estrofa acuñada en viejo oro de ley.

*Te ciñe el mar, te guardan tus montañas,
te arde la frente y por los pies tiritas
y Dios, con sus pródidas manos infinitas,
te está removiendo las entrañas.*

Diferenciar al paisaje y al hombre es, en mi concepto, el deber del escritor chileno.

Esperamos aún el mensaje del norte, del centro y del extremo sur.

La lección vino de Francia, de los realistas, que reaccionaron contra el racionalismo estético de los neoclásicos.

El aire libre tuvo que ser lógicamente el escenario, frente al salón o a las bambalinas pintarrajeadas del siglo XVIII.

Y una literatura de carácter épico, como ocurre siempre en una revolución social y su interpretación literaria.

Esto no lo han entendido los críticos y nosotros, preocupados de crear vida chilena, no tuvimos tiempo de darles lecciones, suponiendo, en el fondo, que los lectores estarían y así fué, de nuestra parte.

No quiere decir esto, desde luego, que toda creación novelesca se oriente por este camino, pero es curioso observar que en Chile y en toda América, junto al pionero, al conquistador va el decadente, el europeizado que se opone, con toda su influencia urbana, al hombre de acción.

En Estados Unidos podemos observar el fenómeno, es decir, la evolución del género narrativo mejor que en Europa, donde fueron necesarios varios siglos para que madurara.

La literatura norteamericana, sin tomar mucho en cuenta lo inglés y trasladándonos del Atlántico al Pacífico (al lejano oeste) casi todo el territorio se inicia auténticamente yanqui, con mineros, buscadores de oro y con ellos bandidos y salteadores.

Más adelante, terminado el miraje del oro, viene el latifundio y el ganado, el arreador y el cuatrero; luego, la granja, la aldea y la ciudad.

Bret Harte y otros, con relatos aireados y dinámicos, cantan la epopeya de esas

tierras recién colonizadas. Y el camino apenas trazado, el árbol que sobrevivió a una quemazón, el río, son tan héroes como el jinete que galopa en el corazón de una nube de polvo o el arreo que marcha, sudoroso y mujidor, abriendo sendas y caminos.

¿Hicieron mal, Bret Harte, Mark Twain, Frank Norris, etc. en describir esos paisajes y esos hombres que hoy no existen?

Algo parecido se advierte en las literaturas de Argentina y de Brasil. Y si hay lectores que gusten de esa vida primitiva, de sus héroes, de sus paisajes es un poco tonto no hacerlo, porque a un crítico morbosamente desorientado y poco inteligente no le agrade.

No hace mucho y agrego la cita como ilustrativa, de un buen crítico colombiano joven, Caballero Calderón que declaró a un periodista, de vuelta de un viaje a Norteamérica:

“El personaje de la novelística latino americana, dice, continúa siendo el paisaje: la pampa, los llanos, la selva, las minas, las montañas”.

“Por eso tal vez se observa una excesiva preponderancia de la lírica, una obsesión descriptiva, una constante preocupación verbal; todo lo cual, más que indicar un primitivismo literario, a mi juicio está señalando nuestro primitivismo humano y social. Y es que en este continente, el gran problema no es el de las relaciones entre

los hombres y los hombres como en Europa y Estados Unidos, sino entre los hombres y la tierra”.

Características psicológicas y estéticas del escritor criollista

De acuerdo con lo que acabo de decir y ya que desterrar el cómodo término es casi imposible, afirmaríame simplemente que escritores criollistas son los intérpretes objetivos o psicológicos de la vida chilena en los campos y en las ciudades.

Recuerdo que hace algunos años, explicando en mi cátedra de literatura chilena el criollismo, dije, poco más o menos, lo siguiente:

—En suma el criollismo, según el concepto de los críticos periodísticos, los más recientes, porque excluyo a Astorquiza, a Melfi, a Latcham y a Vega que lo entendieron muy bien, se reducía sólo a las novelas rurales. Sería el criollismo sinónimo de costumbrismo y el tipo de novela histórica, social o poética, aunque sus personajes fuesen chilenos, quedaría excluido. Y en este caso “Viñas de ira” de Steinbeck y “La sangre y la esperanza” de Guzmán no serían criollas.

Es una apreciación errónea, impuesta, por lo que llamaría el determinismo de la antítesis, la fuerza del contrario. Lo que es criollo no es universal; luego, el relato criollo es un documento, una copia, donde la imaginación no ha intervenido, sino

en una mínima parte. En el fondo el poco interés, por influencia francesa especialmente, de estudiar la vida que los rodea, el medio donde transcurren como fantasmas.

Blest Gana es criollo como Jotabeche y Barros Grez.

Y aquí cogemos, como una fruta madura, una verdad indiscutible: Blest Gana en "Los trasplantados" como J. Edwards Bello en "Criollos en París" trasladan a sus personajes a otro ambiente, nada menos que a Europa (no hay lógicamente paisaje) y, sin embargo, no dejan esas narraciones de ser criollas.

Existe hoy una crisis de la novela, sobre todo en Europa, por razones ya conocidas, la guerra primero, pero toda crisis implica culminación. En América no hemos llegado a la culminación del género. En Alemania, Hitler, y en Rusia, Stalin, es decir, los regímenes de tipo totalitario, han detenido el natural desarrollo de la novela, al crear el arte del estado, para fines fáciles de comprender.

Ni siquiera apareció una literatura de guerra, como en el conflicto del 14.

En América, el fenómeno es diverso, aunque haya gobiernos de facto. La novela terrígena está por hacerse, ni siquiera se ha intentado la novela de la conquista de la tierra con ser tan rica de asuntos y de tipos.

Y a esto corresponde el éxito de "Los de abajo" de Azuela, de "La vorágine" de Rivera, de "El mundo es ancho y ajeno",

de *Ciro Alegría* y de "El metal del diablo" de *Augusto Céspedes*.

En Brasil la novela de la tierra tiene un amplio y fecundo desarrollo, desde *Graciliano Ramos* a *Lins do Rego*.

El lenguaje campesino y la novela

En Chile causa risa la fonetización del hablar campesino. Casi siempre lo explotaron con fines satíricos las revistas cómicas, los payasos de circo o los sainetes populares de los teatros de barrio.

Sin embargo, en esas palabras deformadas hay gérmenes de idioma, curiosas asociaciones fonéticas, creadas por el pueblo, el único filólogo que no se equivoca. Mapuchiza los fonemas castellanos o castellaniza los mapuches, enriqueciendo el idioma y dándole sobre todo un perfil, unas facciones chilenas sin dejar de ser español.

Veamos este *Rauco* mapuche, de *rau* (greda) y *co* (agua) con su erre chirriante, como lima sobre metal.

Sin embargo, los castellanos, quién sabe si el propio *Ercilla*, antepusieron un prefijo, *a*, que, como un pedal, suaviza el sonido mapuche y lo convierte en el castellanísimo *Arauco*, inmortalizado por *Ercilla*.

El empleo de *fletar*, término de mar, por *alquilar*, el de *atrinchar* por sujetar con cierta fuerza, aplicado en Chile por pedir explicaciones en forma perentoria. Lo mismo *arrelingarse* por acicalarse, que pro-

viene de *relingar*, ajustar corchos y plomos en las redes o la acción de reforzar las orillas de las velas.

En letreros del tránsito he visto hace poco: *virar* a la derecha, por doblar o tomar, y muchos términos más que indican un curioso fenómeno de vocabulario marítimo, hecho lengua familiar tierra adentro, en el mismo valle central.

El abuso de estos vocablos criollos, hasta convertirlos en prosa narrativa, es sencillamente antiartístico. Tal es el caso de Benito Lynch y de su novela "Romance de un gaucho", romanticismo tardío y muy por debajo artísticamente de "Don Segundo Sombra" de Güiraldes y del "Coirón" de Belmar.

En suma, pienso como Somerset Maugham, cuando dice que los personajes creados por el novelista, deben hablar el lenguaje que ellos usan habitualmente.

Es una verdad de Pero Grullo, pero aún la crítica de Chile y América no logra entenderlo.

El chileno como héroe novelesco

Hace un cuarto de siglo y con mucha frecuencia, la crítica repite que en Chile no se ha producido la novela que represente totalmente al país. Por lo pronto, no hay un "Segundo Sombra", una "Vorágine", una "Doña Bárbara".

Observación superficial, improvisada por el crítico, acuciado por el tema sobre el cual debe escribir, porque ni "Don Segun-

do Sombra", ni "Doña Bárbara" ni "La vorágine" son novelas totales de Argentina, Venezuela o Colombia.

Son aspectos de la vida de esos países, que coinciden con un problema de esa nacionalidad en un instante del tiempo. Y es lo que desorienta a los críticos chilenos que quieren aplicar esos problemas, olvidando su diferencia geográfica y convirtiendo así un error en una verdad indiscutible.

La síntesis de la vida chilena en una sola novela es imposible y menos en un personaje.

El huaso es el valle central; el roto, de todo Chile. El uno es conservador; el otro, anárquico.

En París, en 1943, se publicó una novela titulada "El huaso", de un señor Dorlhiac. El señor Dorlhiac que vivió muchos años en la provincia de Talca, conoce al huaso y su novela es un buen documento de la vida campesina precordillerana.

No obstante, estoy seguro que para los franceses que han leído la novela, el huaso es Chile.

No tiene, por supuesto culpa alguna el señor Dorlhiac que pintó el llano de San Clemente y la cordillera andina, pero existe también el huaso costino y extraordinariamente diferenciado por el medio.

Uno, el primero, muy español, muy andaluz; el otro, el segundo, muy mezclado con indio.

Y así son diversos los puesteros magallá-

nicos, los arrieros de la cordillera, los esquiladores y matanceros de los frigoríficos.

Domingo Melfi, siempre comprensivo y justo, aseguraba, no sé por por qué que la novela de la pampa salitrera o la de los ovejeros de Magallanes, sería representativa de Chile.

El medio es épico, heroico el hombre, pero me pregunto ¿cuál sería el tipo representativo, síntesis de características psicológicas que podría considerarse como héroe?

Lo efectivo es que ese tipo no existe. Lo real, tanto en el desierto como en Magallanes, simples masas de obreros, síntesis de un esfuerzo colectivo, sin que se perfile el tipo simbólico.

Ni el gerente de la oficina, ni el patrón en una novela rural, ni el jefe de los sindicatos, aunque fuese un Recabarren pueden representar las masas en formación constante, en variaciones continuas.

Y aunque el novelista intentase una técnica moderna, por ejemplo el reportaje novelesco, como lo hizo Malraux, o más adelante el norteamericano Dos Passos y hasta la técnica de Conrad, la de las tres dimensiones, la del novelista, la del testigo y la del héroe, si no es un hombre que haya vivido en la pampa o en la estepa austral no podrá aprehender esa atmósfera invisible, con matices mágicos, que el verdadero creador (subentendiéndose artista) imprime a los hechos vulgares o a las palabras comunes de un idioma.

Conozco, por ser su amigo, el caso del novelista uruguayo Enrique Amorim, que vino a Chile a escribir una novela de la pampa salitrera. Lo atraía ese medio casi desértico y esos obreros que allí vivían, en lucha constante y sorda con el capitalismo anglosajón.

En varias ocasiones viajó al norte y volvía desconcertado. Medio y personajes se le escapaban, sin que lograra fijarlos en una ficción novelesca.

Novelista de gran experiencia, suponía que, ante todo, esa novela era un problema de técnica, porque observaciones del ambiente y de la psicología de los hombres, las tenía en gran cantidad.

Recuerdo una frase de Amorim, cuando hablaba de esta futura novela:

—No olvide usted, Latorre, que cada asunto requiere una distinta técnica, una manera diversa de contarla.

En el último viaje, su idea era que quien debía narrar la tragedia del salitre, como un observador objetivo y al mismo tiempo en íntimo contacto con los obreros y sus familias, debía ser un médico. Un médico desprejuiciado, culto, con ribetes de socialismo que se interesara por el hombre de todas partes de Chile, del Perú y de Bolivia, que venía a trabajar en las oficinas salitreras.

Yo le advertí a Amorim, que, si bien es cierto que un trabajo uniforme, sistematizado, puede moldear a miles de obreros, él no debía olvidar, si descontamos a bolivia-

nos y peruanos, a los chilenos que iban a la pampa salitrera.

Al llegar, sus psicologías eran diversas. Las de los costinos especialmente o pequeños agricultores, mineros de las provincias del norte reaccionaban de otra manera y la complejidad del problema social de las salitreras puede tener su origen en eso. Y luego, la multitud cohesionada, la abundancia de obreros les daba un carácter que puede desorientar a un observador que los hubiera conocido individualmente.

Y por último, debo terminar estas consideraciones sobre Chile, sobre los chilenos y sobre mí, respondiendo a esta pregunta que se me ha formulado constantemente.

¿Soy criollista? ¿Tenía la intención de crear una escuela de este tipo?

Nunca se me ocurrió una cosa semejante. Aún más, si el ser criollista es lo que entiende o no entiende Alone, es decir un desfile de campesinas de trenzas y rebozos, de huasos de poncho y de espuela y una especie de paya de dichos rurales, aldeanos, tampoco soy criollista.

No he pintado jamás huasos, en el sentido estricto de la palabra. Ni me atrajo el cuadro de costumbres que abunda en Jotabeche, en Blest Gana y en Barros Gréz. En una palabra, estuve siempre lejos del pintoresquismo rural. Si hay en alguna de mis novelas o cuentos escenas de costumbres es porque el asunto y el medio lo exigían.

Mi intención, al acercarme al mar, al campo, a las cordilleras de la costa y de

los Andes, a las selvas del sur, a la vida de las colonias alemanas de Quilaco y Pucón, especialmente, y a los chilotes en un libro que luego aparecerá con el título de la "Isla de los pájaros" fué con una intención heroica, la de interpretar la lucha del hombre de la tierra, del mar y de la selva por crear civilización en territorios salvajes, lejos de las ciudades.

Desde "Cuentos del Maule" hasta la "Isla de los pájaros" los personajes son hombres que se desplazan de su medio nativo para buscar otra forma de vida, independiente, creada por ellos mismos y lejos de la tiranía del patrón, descendiente de encomenderos. Vida mejor o peor, insegura o estable, a veces coronada por el triunfo y en muchos casos por trágicas derrotas, ante la hostilidad de la naturaleza virgen o de nacionalidades, como los chilenos del Neuquén y Río Negro, en la Argentina.

Un poderoso ímpetu individual los orientaba, el mismo que conquistó el salitre o pobló los coironales helados de Magallanes. Y se forjó el héroe anónimo a la altura del héroe militar y muchas veces apareció el patriarca con una descendencia bíblica, errando por la estepa o el bandido anarquizante, destructor de riquezas y combatiente infatigable.

Arrieros, hombres de mar, campesinos enganchados en las ciudades del norte, colonos del Neuquén, indios sin sus viejos mapus, actúan exasperados, con el deseo de volver ricos a su tierra natal y no lográndolo casi nunca.

Despatriado, como me dijo sin darse cuenta de la palabra, un *repatriado* del Neuquén que volvía a Chile en busca de unas hectáreas de bosques en la frontera.

Y lo que acabo de decir no es todo.

Un profundo amor por esos desheredados me hizo escribir con sincera emoción y si algo he hecho que valga la pena, se lo debo a ellos y a su heroísmo sin recompensa. Y confieso que para ellos y para los que aman a esa porción tan rica de vitalidad y de tesón inquebrantable, de nuestra raza, he escrito la mayoría de mis libros.

Por eso, si algo me consuela no es el aplauso falaz de los críticos indocumentados, sino el agrado con que oí contar a un campesino un relato de mi libro "Viento de mallines", el titulado "El difunto que se veló dos veces". Cuento que inventé, basándome en la vieja costumbre cordillera de llevar los muertos vestidos, amarrados a su caballo, a los cementerios del valle.

No creí que Atilano Quiñones, a quien llamaban en el *Huillin*, el cuentero, encontrara aburrida mi historia, porque describía unos cerros nevados y unos arroyos tumultuosos. La hizo suya lisa y llanamente, porque coincidió con su psicología de humorista. Como llegó hasta él el cuento no lo sé. Quizá se lo leyeron. Le cambió el título. "El difunto que se veló dos veces" pasó a ser "El finado que volvió en busca de su mortaja".

Refiero esta anécdota de un relato que se desprendió de los disciplinados renglones de un libro impreso, para adquirir

una vida nueva en la boca alegre del cuentero del *Huillin*, junto a una fogata de hualles. Nació en la ciudad y volvió al pueblo.

Consagración que me complace más que un estudio magistral y me tranquiliza respecto a la verdad de mi intención artística, al cantar al hombre y al paisaje de mi tierra.